

Selección

TERROR

EL OTRO LADO DEL INFIERNO

SILVER KANE

Volvió sobre sus pasos y decidió llamarlo otra vez. No hacía el menor ruido, puesto que llevaba zapatillas. Se dirigió hacia el blanco aparato pegado a la pared y puso la mano en él.

De pronto sus dedos se crisparon.

Hubo un chirrido en sus dientes.

Porque la cara ESTABA ALLÍ.

La cara que podía explicarlo lodo.

Y las manos trémulas.

Y el hacha…

Apenas pudo lanzar un gemido, mientras intentaba saltar hacia atrás. Pero ya no lo quedó tiempo. Bruscamente el hacha osciló sobre su cabeza.

Fue como un rayo.

El golpe salvaje resonó en toda la cocina, pero nadie lo oyó fuera de ella. Sa cabeza se abrió en dos. Pareció estallar.

Luego se oyó en el recinto una risita silenciosa, una risita casi demoníaca.

¿Una risita que surgía de la garganta de una mujer?

¿O quizá de alguien que, a pesar de todo, era un hombre?…



Silver Kane

El otro lado del Infierno

Bolsilibros: Selección Terror - 194

ePub r1.0
xico_weno 26.10.17

Título original: *El otro lado del Infierno*
Silver Kane, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El viento aullaba, viniendo desde las profundidades del Golfo de México, mientras los barcos de cabotaje buscaban el refugio de los pequeños puertos de Florida y los aviones de Nueva Orleáns, Tampa, Miami y San Juan de Puerto Rico se veían imposibilitados de despegar a causa del huracán que asolaba todo un sector del Caribe. Las ventanas de las casas estaban herméticamente cerradas, los faroles colgantes de los chalets bailaban una extraña danza a causa del viento, y las palmeras parecían ir a ceder a causa del empuje irresistible que doblaba sus troncos.

Toda la costa rugía, dando a veces la sensación de que iba a desencadenarse un maremoto. Las calles estaban totalmente vacías y por ellas no circulaban más que los coches indispensables, mientras la radio y la televisión avisaban a la gente para que permaneciera en el interior de sus hogares. Los que no tenían más remedio que salir, a causa de algún servicio público, maldecían de su destino y gritaban que pocas veces habían visto una noche de perros como aquélla.

También maldecía el conductor del lujoso «Cadillac» que se deslizaba a poca velocidad por la carretera de Tampa, notando que a veces perdía la dirección a causa de las embestidas del viento. Pero no era eso lo peor, sino que además apenas veía a diez pasos a causa de llevar apagadas todas las luces.

Aquel hombre, mientras apretaba el volante con ambas manos igual que si se le fuera a escapar, masculló:

—¡También has elegido una buena nochecita tú, Drake de la puñeta!

Drake, que iba a su lado, parecía mucho más tranquilo que él. Era un tipo bajo, grueso, con la cara tan comida de viruelas que parecía un leproso. Le faltaba un ojo, y en el lugar que antaño ocupó el globo ocular había una espantosa cicatriz. A Drake no le

hubiese costado nada llevar gafas negras o un simple parche, pero le gustaba exhibir aquella especie de horror viviente que era su cara. En efecto, causar una impresión que dejase a los otros mudos iba casi siempre muy bien para sus planes.

—No te preocupes —dijo con calma—. El coche no va a derrapar.

—Porque pesa dos toneladas, pero si no ya veríamos… ¡Y encima ir con los faros apagados! ¡Me voy a meter contra una pared, y si encima me ve un policía de tráfico se me Lleva a la cárcel!

—No hay policías de tráfico con este tiempo —dijo Drake—, porque sus motos no resistirían el viento. Además, se ve bastante bien gracias a la iluminación de las calles. Mira, ya estamos entrando en William Lake.

En efecto, la pequeña población, de casas señoriales y tranquilas, aparecía ante sus ojos. En circunstancias normales hubiera sido seguramente una ciudad bellísima, pero ahora sólo se distinguían las moles grises de sus casas batidas por el viento. Todo en William Lake era de piedra y todo era señorial, solemne y al mismo tiempo severo, como correspondía a unos propietarios que procedían de las mejores capas sociales de los Estados Unidos. Familias ejemplares y de ilustres apellidos, que habían sido ricas desde antes de la independencia de los Estados Unidos.

Seguía sin verse a nadie en las calles, y Simmons, el chófer, barbotó:

—¿Hacia dónde vamos?

—Gira por allí.

Simmons dobló hacia la izquierda, estuvo a punto de perder el control a causa del viento y por poro se estrella de frente contra la puerta de un edificio donde flotaba una luz amarilla. Esa luz amarilla iluminaba un letrero que decía:

DEPÓSITO DE CADÁVERES DEL CONDADO

Simmons tuvo un respingo, lanzó una maldición en voz baja y salió disparado de allí. Notó que Drake se reía silenciosamente.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó—. ¡Los muertos no hacen nada!

—Eso lo dirás tú, que pareces un resucitado, Drake.

En efecto, le intranquilizaba ir de noche junto a él.

Había en Drake algo maligno, algo indefinible y nefasto, que llegaba a helar la sangre en las venas y no se sabía por qué. De todos modos había que tener en cuenta que existían varios motivos, pues Drake, además de su siniestra fealdad, era uno de los empleados del cementerio.

—Precisamente vamos a desenterrar a un muerto, Simmons —dijo en voz baja—; de modo que controla tus nervios todo lo que puedas. No me vas a hacer fracasar ahora un asunto de cincuenta mil dólares.

Y le indicó la nueva dirección que debía seguir. Fue entonces cuando Simmons vio por primera vez la casa encaramada en lo alto de la colina.

Orgullosa y desafiante, metida casi en el agua y construida sobre un sólido basamento de rocas, Kachemir House desafiaba la furia de los elementos. Construida cien años antes por un comerciante que se había hecho rico en Cachemira (de aquí el nombre de la casa y de aquí el apellido que habían adoptado sus sucesivos dueños), hacía que el viento se estrellara impotente contra sus muros de piedra mientras las olas lamían sus cimientos, sin llegar a debilitarlos jamás. Kachemir House era como una de esas viejas fortalezas que en el siglo XVII se oponían a la rapiña de los piratas en el Mar de las Antillas.

Sin embargo, era otra también la sensación que daba a todos cuantos la podían ver aquella noche: Kachemir House era también como un museo del horror. En su jardín había estatuas de sus primitivos dueños, y aquellas estatuas parecían fantasmas o espectros. Luces temblorosas brillaban en las ventanas, y a través de los vidrios emplomados se insinuaban extrañas sombras.

Simmons musitó:

—¿Es aquí?

—Sí.

—Pues tiene un aspecto siniestro…

—No digas tonterías. Si la vieses de día sería distinto. Sube hasta media ladera y deja el coche oculto en la vegetación que hay a mano derecha. Luego haremos a pie el último trecho para que no nos vea nadie.

—De acuerdo, pero no me gusta.

Obedeció, sin embargo, y el potente coche remontó la colina. Al llegar ante la casa, se deslizaron bajo los porches en los que no había nadie y llegaron a una zona del jardín que estaba muy cerca del mar. Los intrusos se detuvieron entonces y sus ojos fascinados —tres ojos para dos hombres— miraron aquello.

Era ni más ni menos que un panteón, pero no un panteón como los otros. Éste era enorme, tanto que más parecía una residencia de vivos que una casa de muertos. Sólidamente construido en piedra, también estaba rodeado de estatuas ennegrecidas por el viento, y que parecían espectros. La impresión que se tenía allí era deprimente, angustiosa, mucho peor que la que se tiene en los cementerios.

Drake dijo:

—Vamos allá.

—¿Cuánto hace que murió la vieja Diana Kachemir? —susurró Simmons casi a su oído.

—Dos años y medio.

—Pues entonces estará en plena putrefacción. Resultará inaguantable…

—Nada de eso, idiota. A los dos años ya no hay problemas importantes con un cadáver. Además no vamos a estarnos toda la noche ahí, sino sólo el tiempo justo para quitarle los anillos y las joyas con las que le enterraron. Total, una montaña de dólares.

—¿Tienes la llave del panteón?

—Sí, eso es lo que más me ha costado de conseguir. Creo que podremos abrir sin ningún problema.

Se acercó a la puerta de hierro y, en efecto, después de supremos esfuerzos logró hacer girar la llave en la cerradura. La pesada mole quedó abierta y desde sus profundidades brotó un aire espeso, hostil, que les hizo casi volver para atrás. El primero en reaccionar, por descontado, fue Drake, que enseguida se metió para adentro y encendió su linterna. Simmons le siguió porque le daba más miedo quedarse fuera y porque el ventarrón que llegaba desde todas partes había purificado la atmósfera allí dentro. Siguiendo el disco de luz de la linterna fue descendiendo por unas lóbregas escaleras de piedra.

Todo aquello estaba lleno de susurros a causa del viento.

Los muertos PARECÍAN VIVIR.

Las tapas de los viejos ataúdes chirriaban. Daba la sensación de que más de una iba a alzarse. Retratos al esmalte de los difuntos eran captados por la luz de la linterna y producían de repente un fugitivo relampagueo de horror.

Simmons balbució:

—¿Dónde está?

—Es aquí…

En efecto, una inscripción esmaltada lo decía: «DIANA KACHEMIR - 1973». El ataúd que estaba un poco más allá era el más nuevo. Drake se acercó a él y extrajo una palanqueta que llevaba bajo su gabán, mientras decía:

—Alúmbrame. Yo voy a abrirlo.

—¿Crees que costará mucho?

—Nada, hombre. Dos golpes y fuera.

—Tengo la sensación ele que… de que va a ocurrir algo, Drake.

—¿Ocurrir algo? ¿Por qué? ¡Qué tontería!…

Y empezó a mover la palanca. Lo primero que hizo fue introducirla en una de las junturas de la tapa del ataúd y maniobrar hábilmente. El tembloroso disco de la luz alumbraba aquella escena siniestra mientras fuera seguía rugiendo el viento.

Simmons balbució:

—¿Y si la vieja… estuviera viva?

—¿Pero qué dices, idiota?

—No sé… ¡Se cuentan tantas cosas acerca de los Kachemir!…

—¿Qué cosas?

—No sé… Varios de ellos han muerto asesinados. Se producen extrañas venganzas…

—Todo eso son tonterías. Los muertos están bien muertos… ¡Mira!

Y abrió de pronto la tapa.

Los dos vieron entonces aquel cuerpo.

Aquella cara que se movía.

Los dos vieron entonces aquellas manos…

… ¡QUE IBAN EN BUSCA DE LA GARGANTA DE DRAKE!

CAPÍTULO II

Simmons tuvo una especie de estertor, dejó caer la linterna a tierra y salió disparado hacia la salida, tropezando con todo lo que había delante suyo. Los ataúdes crujieron bajo su peso mientras una calavera parecía saltar hacia él. Lanzando un grito de horror, llegó al panteón que estaba junto al acantilado. Sus pies vacilaron mientras miraba hacia atrás.

—¡Drake! —aulló—. ¡DRAKEEEE!…

Su voz se perdió entre el aullido del viento. Drake no apareció. Simmons sintió entonces que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo.

El viento le había empujado hasta el borde mismo del acantilado, y allí empezaron a resbalar sus pies. Antes de poder darse cuenta de lo que ocurría, estaba ya bailando encima de las olas desatadas. Su cuerpo se estrelló ruidosamente contra los acantilados, mientras sonaba un grito de horror.

Simmons se dio cuenta de que iba a morir, pero no fue eso lo que le hizo lanzar aquel grito.

Lo que le hizo aullar fue el ver la figura que salía del panteón, la figura humana que muy poco antes había distinguido dentro del ataúd. Lo que desencajó sus facciones fue el ver aquella cara que también se acercaba al borde de los acantilados.

Simmons no se enteró de que moría. Sólo se enteró de que LA MUERTE ESTABA ALLÍ.

Con los ojos desencajados, quedó flotando entre las rocas. Pronto su cuerpo se estrelló otra vez. Pronto las aguas grises que le rodeaban se fueron tiñendo de sangre.

* * *

Por la mañana, en uno de esos bruscos contrastes que se producen en el Golfo de México, toda la costa estaba tan quieta y tranquila como una balsa de aceite. La lancha de la policía que

efectuaba una inspección rutinaria para reprimir el contrabando, no tuvo el menor problema para distinguir, incluso a cierta distancia, el cadáver medio destrozado de Simmons.

El cabo que la mandaba dijo:

—Allí… Hay que acercarse por poniente y con mucho cuidado. Toda esta zona está llena de bajíos.

La lancha maniobró y pronto tuvieron el cadáver al alcance del bichero que asomaba por la borda. El cabo pidió:

—Sin tirones… Cuidado… Ese pobre tipo está tan destrozado que se nos puede quedar la mitad del cuerpo en el agua… Poco a poco… ¿Pero qué prisa tenéis, condenados? Así…

Cuando lo dejaron sobre cubierta, desengancharon el bichero y los cuatro hombres del grupo de vigilancia se amontonaron casi sobre el cuerpo sin vida. Uno de ellos murmuró:

—Lo conozco perfectamente, a pesar de que tiene medio destrozada la cara. Es Simmons.

—¿Y quién es Simmons? —preguntó el cabo.

—Un compinche metido en todos los robos de este lado de Florida, aunque nunca es él quien los comete. Es, o era un buen conductor, y las bandas le solían confiar el coche para el momento de la huida. Seguro que vino por la carretera para cometer un robo, pero no vino solo. Algo le debió ocurrir y cayó al agua, destrozándose contra las rocas.

—Algo le debió ocurrir, ¿no? —Gruñó el cabo—. ¡Pues naturalmente que sí! ¡El ventarrón de anoche era como para derribar no sólo un hombre, sino una casa! Se acercó demasiado a la orilla y se fue al diablo. En fin, convendrá que lo llevemos al depósito de cadáveres del condado. Supongo que el teniente Dan se hará cargo del caso. Ya era hora de que trabajase en algo.

En efecto, el teniente Dan estaba cuidando su colección de peces tropicales, sin acordarse ni por asomo de que vivía gracias al dinero de los contribuyentes cuando le avisaron que tenía un cadáver a su disposición, para lo que quisiera hacer con él. Lanzó una maldición, diciendo que no había derecho, porque a este paso se mataría a trabajar, y consultó su agenda, donde había anotado el programa del día:

10. —Levantarme.

11. —Desayunar y leer el periódico.

12. —Boxeo con Liman. Tres asaltos.
1. —Comida.
2. —Siesta.
3. —Cuidar de los peces tropicales.
4. —Ver si se puede meter mano a alguna turista.

Con aquella llamada tan intempestiva le fastidiaban el mejor programa del día, que era el de meter mano a alguien, pero no había nada que hacer. Ya se sabe lo mucho que tiene que sufrir un servidor del orden público.

Mientras rodaban en el coche patrulla hasta Kachemir House, el teniente Dan se quedó dormido, y cuando despertó oyó el ruido de las olas que empezaban a estrellarse otra vez contra los acantilados. Salió y contempló con deleite toda aquella salvaje belleza, pensando que era una lástima que la casa no fuera suya.

Bostezó mientras su atlética figura se recortaba en el fondo gris-plomo del paisaje. El tiempo volvía a empeorar otra vez, y era posible que por la noche hubiese una nueva tormenta.

Gracias a sus tres asaltos diarios con un pegador implacable, Dan se mantenía en perfecta forma. Era un hombre alto, joven, atezado por el viento y el sol, cuyo deporte favorito, sin embargo, consistía en dormir con las patas encima de la mesa. Si un deporte así entrase en las olimpíadas, seguro que él quedaba automáticamente campeón del mundo.

Sin embargo, bajo aquel aspecto demasiado tranquilo, que le hacía parecer un tejano de los que cobran el seguro de desempleo, vivía un cerebro de primera magnitud. Dan fue el único que pensó que aquello, después de todo, quizá no era un robo vulgar, y que había algo más importante detrás del cadáver refrescándose en las aguas.

Lo primero que hizo fue examinar el terreno para hallar posibles huellas de coches. Había hecho ya unos cálculos matemáticos para saber si la fuerza del viento podía derribar a un hombre del peso de Simmons, y llegó a la conclusión de que si, pero a condición que éste se acercara imprudentemente al borde mismo de los acantilados. Muy imprudentemente, desde luego… ¿Y por qué iba a cometer un error así un hombre que conocía el terreno como nadie, porque había estudiado para su posible robo todas las casas de la población?

Por eso examinó con detalle el terreno, pensando que allí había ocurrido algo más que un accidente o un vulgar intento de robo. A los pocos instantes descubrió que un vehículo que no pertenecía a la casa había llegado hasta las cercanías, se había estacionado entre los arbustos y había vuelto por el mismo lugar, pero llevando un conductor sumamente excitado, porque los neumáticos señalaban una marcha más que irregular. Que el coche no pertenecía a la casa lo dedujo porque, en caso contrario, no hubiera tenido maldita necesidad de ocultarse entre los arbustos, para que no lo vieran.

Luego examinó los alrededores y se dio cuenta de dos cosas más: de que la vieja mansión tenía un aspecto más siniestro que nunca y de que la puerta del panteón había sido forzada. Su ayudante, el sargento Raleigh, fue el que vino con él hacía aquella zona desértica, cercana a los acantilados donde precisamente había sido hallado el cadáver de Simmons.

—No lo he acabado de entender nunca —gruñó Raleigh—, ¿por qué esa familia entierra a sus muertos aquí y no en el cementerio, como todo el mundo?

—Es un privilegio muy antiguo y al fin y al cabo no tan raro en esta tierra —explicó calmosamente Dan, mientras bostezaba porque tenía sueño—. Total hace ciento cincuenta años la gente aún era enterrada normalmente en sus propios ranchos o en sus posesiones. Luego se organizó el país y se crearon cementerios civiles, pero algunas familias conservaron el viejo privilegio. Y si tenían tanto dinero como los Kachemir, mucho más todavía.

—Entonces ya sé lo que pasa —murmuró Raleigh—. Alguien ha querido robar las joyas que podían llevar encima algunos muertos.

—Sí, pero no había razón para que se asustaran tanto —dijo Dan —. Los muertos son muertos y nada más.

—¿Entonces qué ha ocurrido?

—Detengan a este tipo —dijo sencillamente Dan.

Y escribió un nombre en un pedazo de papel. Era el nombre de Drake. Llegar a aquella conclusión no resultaba nada difícil si se tenía en cuenta que Drake trabajaba en un cementerio, que era experto en forzar puertas de panteones y que tenía antecedentes por golpes de aquella clase. Además era amigo de Simmons.

Se podía apostar diez contra uno a que la faenita la había hecho Drake. Y también se podía apostar diez contra uno a que no habría

líos con el fiscal del distrito a la hora de encerrarlo.

Claro que quedaban bastantes cosas por aclarar, como por ejemplo la razón de que Drake hubiese abandonado a su compinche. Por ejemplo, la razón de que hubiese conducido como un borracho. Por ejemplo, la razón de que se hubiese asustado en el interior de un panteón, cuando para él una tumba era tan familiar como para otro una tasca. Ésas eran preguntas que Dan no podía contestarse aún y que daban vueltas en su cerebro.

Pero eso significaba un trabajo que no estaba dispuesto a aguantar.

De modo que Dan resolvió tomarse las cosas con filosofía.

Se metió en el coche patrulla y se quedó dormido como un tronco.

* * *

Le despertó la voz de Ronald Kachemir, el dueño de la casa. Ronald Kachemir había salido de la vieja mansión y se acercaba a él. Vestido con ropas de golf y gorra, como un anticuado lord de los años treinta que se hubiera ido de vacaciones a Brighton, abrió la portezuela del coche patrulla y sacó a Dan de lo mejor de su sueño. Mientras se frotaba los ojos, Dan susurró con expresión de inocencia:

—Ah, hola, señor Kachemir.

—Hola, teniente. Les he estado viendo por aquí, mientras se movían cerca de los acantilados, y he pensado que era una inspección rutinaria, pero ahora me doy cuenta de que no. ¿Es que ha ocurrido algo?

Dan sonrió, queriendo quitar importancia a la cosa.

—Han intentado robar en el panteón de su familia, señor Kachemir —explicó.

—¿Y por eso arman tanto jaleo? ¡Allí no se puede robar nada que valga la pena!

—¿Los muertos no llevan joyas?

—Hace muchos años que no los enterramos con ellas, pese a que algunos estúpidos piensen lo contrario. Bueno… Por lo que me explica, de todos modos, eso no es un robo, sino una profanación. ¿Pero por qué no me ha avisado? ¿Y por qué lleva tantas horas rondando por aquí?

—Es que ha muerto un hombre, señor Kachemir. Por cierto…

¿hay algo en el panteón que dé un miedo especial?

—¿Miedo? El que se atreve a entrar en un sitio así ya no se asusta fácilmente. No, no hay nada especial. Incluso todos los cadáveres deben estar normalmente descompuestos, y un esqueleto es una cosa natural, ¿no?

Dan asintió mientras bostezaba.

—Claro, claro… —dijo—. Tiene razón. En fin, ahora Drake nos lo explicará.

Drake es el que ha tratado de hacer el trabajo.

En efecto, el tuerto se acercaba en otro coche patrulla. Al ver la casa de nuevo, al ver el panteón, pareció como si se le helara la sangre.

Era extraño lo que pasaba con aquel tipo, era extraño, especialmente, darse cuenta de que le dominaba un horror superior a sus fuerzas. En un hombre que, como él, siempre se había movido entre muertos, eso no tenía sentido.

Dan se lo llevó aparte, mientras miraba cansinamente su reloj. Comprobó con desaliento que ya se le estaba pasando el día y que no tendría tiempo de meter mano a ninguna turista. I-a voz suplicante de Drake le llegó de una forma incierta, como si estuviera sonando muy lejos.

Drake suplicaba:

—Por favor, no me lleve allí…

—¿Adónde?

—Al panteón. No quiero volver…

—De modo que fuiste tú el que entró…

—¿Para qué voy a negarlo? Ya sé que con mis antecedentes me cargo dos años de cárcel, pero prefiero eso a tener que entrar allí de nuevo. Fue… fue horrible…

—¿Horrible? ¿Por qué?

Drake dijo con la mirada perdida y con apenas un soplo de voz:

—Ella estaba viva…

—¿Viva? ¿Quién?

—Diana Kachemir…

—¿De modo que fuisteis a robar su tumba?… ¿Qué pensabas? ¿Que el cadáver llevaba sus joyas encima?

—Sí, ésa era la idea. Pero de pronto salió. Fue como una alucinación… Yo sentí sus manos en el cuello y no vi apenas nada

más… Recuerdo confusamente las cosas, pero no podía apenas ver porque la linterna se había caído… Salté hacia atrás y entonces me di cuenta de que Simmons había escapado ya… Creo que lancé un grito y corrí yo también… Luego todo fue como una maldición. Fue como si llevara detrás el soplo del diablo…

Drake había hablado con voz entrecortada, angustiosa, igual que si las palabras se negaran a salir de su garganta. Sus ojos seguían estando desencajados, como si siguiera teniendo delante una visión del Más Allá. Dan tuvo un estremecimiento en contra de su voluntad, como si él hubiera sentido también el soplo del diablo.

Era increíble lo que le pasaba.

Pero la voz sorda y aterrada de Drake había llegado hasta el fondo de sus nervios.

Más vale que te calmes, Drake —dijo el teniente al cabo de unos segundos, mientras intentaba quitar importancia a la cosa. Los muertos no salen de sus tumbas ni se lanzan encima de los vivos. Incluso te prometo que no daría demasiada importancia al asunto si no hubiera muerto Simmons, pero con un fiambre de por medio no me queda más recurso que cumplir el trámite. Ven, entra en la casa y firmarás la declaración. Supongo que te gustará ahorrarte el ambiente triste del precinto de Policía.

—Sí… Pues claro que sí, teniente. Gracias.

Entraron los dos. Ronald Kachemir había dejado abierta la puerta y no hubo problemas. Se encontraron en una sala grande, inhóspita, con muebles que parecían procedentes de la Edad Media y que cualquiera hubiese dicho estaban arrancados del escenario de una obra de horror. El propio Dan pensó que no era extraño que allí llegase uno a obsesionarse con los muertos.

Hizo sentar a Drake.

—Puedes estar tranquilo —dijo—. Será un simple trámite para ir a ver al fiscal del distrito. De modo que viste salir a una muerta… Una muerta horrible, supongo…

Y alzó los ojos porque acababa de captar el leve ruido.

Entonces vio la figura. Se recortaba a la luz un poco irreal de una ventana.

Pero nada de horrible. Nada de muerta. Nada de siniestra. Por el contrario, una muchacha preciosa, joven, de curvas tensas, de larga melena negra, de labios ávidos y gruesos, un poco sanguinarios,

como esos labios que tienen las mujeres-vampiro, pero entre los cuales no le importaría a uno morir.

La chica había aparecido allí de pronto, como surgida de la tierra.

Les estaba mirando.

Y Drake alzó la cabeza también. Y también la vio. Y de pronto el más absoluto horror se reflejó en sus ojos.

De pronto lanzó un gemido ronco, ahogado, que brotó de lo más profundo de su garganta.

Y dijo aquella cosa absurda, increíble, mientras trataba de saltar hacia la puerta:

—¡Es ella! ¡Ella, la mujer resucitada! ¡LA QUE SALIO DE LA TUMBA!…

CAPÍTULO III

Dan dominó su sueño aquella maldita noche, y con un esfuerzo de voluntad que le costó varios suspiros lastimeros, retiró los pies de la mesa donde había estado «trabajando» y se dispuso a hacer algo en beneficio de los contribuyentes que pagaban. Se puso la americana, robó un paquete de cigarrillos al sargento que estaba distraído a su lado, metió una moneda falsa en la máquina del café, sacó uno y mientras lo sorbía poco a poco fue hacia el coche patrulla que aguardaba cerca del malecón del muelle. Se sentó junto al conductor y dijo mientras se frotaba los ojos:

—Llévame a Kachemir House. Pero quédate cerca de la casa, en los matorrales donde los ladrones escondieron el coche.

Había tormenta otra vez, y el océano retumbaba contra los malecones. Kachemir House seguía teniendo su aspecto siniestro, lejano, casi sobrecogedor, mientras su enorme mole se recortaba a la luz de los rayos rebrillando allá lejos.

Con los faros apagados, como los ladrones habían hecho la noche anterior, se metieron entre los arbustos. Luego Dan avanzó entre las sombras.

Drake estaba detenido, pero en la enfermería, sometido aún a una especie de *shock*. En cuanto a la preciosa muchacha surgida de las sombras, Dan había preferido no tomar en serio las palabras del tuerto y llevárselo de allí, pero la verdad era que el pensamiento no le dejaba vivir. ¿Quién era aquella muchacha? ¿De dónde había salido, si no vivía en Kachemir House? ¿Por qué había brotado del interior de una tumba?

Porque una cosa era cierta: Dan no dudaba de que Drake había dicho la verdad. Drake podía ser cualquier cosa, pero un visionario no. Llevaba demasiados años en los cementerios para caer en eso.

Por lo tanto se deslizó hacia uno de los contrafuertes de piedra de la casa, tanteó una de las puertas del sótano, por donde solía

cargarse el carbón para la calefacción en otro tiempo, y sacó la ganzúa que había usado muchas veces. Sabía que aquello era ilegal, pero Dan era un consumado realizador de ilegalidades.

No tardó en abrirla. La atmósfera cargada de un sitio que no se ventila nunca llegó hasta él. Poco a poco se introdujo en aquel recinto cargado de tinieblas.

La luz de su linterna le mostró una inmensa nave abovedada, sostenida por columnas góticas, tal como había visto en los planos de la casa, que tuvo la precaución de consultar previamente. No era difícil, porque se conservaban en el archivo de la Asociación de Arquitectos del condado. Gracias a lo que recordaba de aquello se pudo deslizar casi a tientas hasta una puerta.

Estaba cerrada igualmente.

Pero la forzó también.

Unas escaleras le llevaron hasta el vestíbulo fantasmal que ya conocía, puesto que había estado en él aquella mañana. Aquí pudo ver con facilidad, ya que un par de pantallas estaban siempre encendidas y lo envolvían todo en una luz cenicienta.

Dan fue a seguir avanzando.

Y de pronto se detuvo en seco. Se pegó como un autómata a la pared. Acababa de ver una sombra que se deslizaba.

Contuvo la respiración.

Era la chica.

La muerta.

Y qué muerta…

Llevaba una camisita casi transparente, bajo la que se insinuaban sus turgentes formas. El pelo suelto le caía blandamente sobre los hombros. Se deslizaba descalza para no hacer ruido, con la misma suavidad con que hubiera podido deslizarse un fantasma.

No era una sonámbula, pero caminaba con cierta rigidez, como si la guiase una voluntad que no era la suya. Pasó cerca de Dan sin verle y se deslizó hacia unas escaleras que llevaban a la torre.

Dan fue tras ella.

También se movía como una sombra.

Una luz irreal bañaba las escaleras de piedra.

Teñía el aire.

Dan se dio cuenta entonces de que la muchacha se había detenido. Las manos femeninas se detuvieron sobre una armadura

que adornaba uno de los descansillos.

Era una armadura tan vieja y oxidada que bastaba mirarla para darse cuenta de qué no había sido tocada durante años y años. ¿Por qué entonces la extraña mujer tenía interés en ella? ¿Por qué había posado las manos allí?

Pronto lo supo. Los dedos femeninos trabajaron febrilmente, durante bastante rato, en la oxidada armadura, hasta conseguir alzar la tapa del yelmo. Una vez conseguido esto, hurgaron dentro.

Al cabo de algunos minutos de búsqueda sacaron una llave.

Dan contemplaba aquello casi sin respirar, procurando hacer menos ruido que el que hubiera hecho una serpiente. Vio que la muchacha seguía ascendiendo por las gastadas escaleras, una vez tuvo la llave. La luz irreal seguía envolviéndola, y a pesar de su belleza había momentos en que daba la sensación de un ser del otro mundo.

Pronto llegó a una puerta.

Al igual que la armadura parecía no haber sido tocada en muchos años, la puerta daba igualmente la sensación de clausura indefinida. Las telarañas se habían acumulado en ella. Por lo menos llevaba veinte años sin ser tocada.

Dan estaba asombrado.

En primer lugar desconocía aquella parte de Kachemir House, tan abandonada y triste, una parte en la que, por lo visto, no entraba ningún visitante. En segundo lugar, no entendía la actitud de la muchacha. ¿Qué buscaba allí? ¿Por qué había conseguido la llave oculta en un lugar secreto? ¿Qué había tras la puerta cerrada?

Oyó el chirrido de la llave en la cerradura. Aquello le demostró también que, en efecto, la puerta no se había abierto en años y años. La muchacha necesitó varios minutos para lograr abrir.

Vio un recinto cuadrado.

Una ventana ojival, con vidrios emplomados, por la que entraba la luz de la luna.

Una silla.

Una solemne cama con las ropas manchadas de sangre.

La preciosa muchacha lanzó entonces un alarido que repercutió en las paredes, en los cristales, en el aire. La preciosa muchacha vaciló mientras sus ojos se desorbitaban de horror. Y cayó pesadamente a tierra, sin sentido, tras dar un giro sobre sí misma.

* * *

El médico dijo con voz impersonal, tras retirar el estetoscopio:

—Creo que ya estoy en disposición de decir algo. ¿Por qué no hace venir al teniente de la policía?

Ronald Kachemir, el dueño de la casa, se abrigó un poco mejor con su bata de noche y salió al gran salón. Tuvo que zarandear a Dan, a quien el cigarrillo se le había caído de los labios, manchándole la camisa.

—Eh, teniente… Despierte, diablos… ¡Despierte!

Dan, que llevaba apenas unos minutos dormido, recogió el cigarrillo y se frotó los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó—. ¿Ha llegado el médico?

—Sí, y ha dicho que ya tiene un diagnóstico.

—Perfecto, entonces vamos a ver qué dice.

—Se duerme usted en todas partes, teniente…

—Es que estoy molido de trabajar; usted no sabe lo que es esto.

Y entró en la habitación donde yacía la muchacha. Cubierta apenas por la transparente camisa, su cuerpo era una verdadera tentación. Se la veía respirar con cierta ansia, pese a que el médico le había dado un calmante, y a veces sus miembros eran recorridos por un temblor.

Fue él quien dijo con la misma voz impersonal de antes:

—Lo que le ha ocurrido es inexplicable. Tiene un *shock* muy profundo y permanecerá así durante varias horas. Le he dado un barbitúrico suave para que descanse, y supongo que cuando se recupere recordará sólo cosas inconexas.

Dan apretó los labios.

—Hay miles de mujeres que cada día sufren un *shock*, doctor —dijo—. Pues entonces, ¿por qué éste le parece tan inexplicable?

—Por las causas. Las causas no tienen un sentido lógico.

—¿Cuáles son? ¿Qué ha ocurrido?

—Sencillamente, esta muchacha se ha desmayado de miedo.

Dan tuvo un estremecimiento, como si de pronto aquel aire gélido de la casa le hubiese llegado habla las entrañas. Se dio cuenta de que el cigarrillo se le había apagado entre los labios y lo depositó en un cenicero. Ni siquiera j se dio cuenta de que el médico se largaba.

Poco a poco salió de aquella habitación y volvió a la sala

siniestra donde varias generaciones de Kachemir habían dado sus recepciones y sus fiestas. El dueño de la casa vino tras él. En sus ojos cansados palpitaba también una chispita de miedo y una chispita de desesperanza.

—Yo he llamado enseguida al médico cuando usted ha recogido a la chica y me ha despertado, teniente, pero supongo que ahora es necesario que me explique algunas cosas. En primer lugar, ¿por qué está aquí?

—He cometido una ilegalidad —confesó Dan con expresión plácida—. Un allanamiento de morada, lo reconozco. Si quiere puede denunciarme y así conseguiré que me releven de este maldito caso. Estoy deseando poder dormir durante una semana entera.

—¿Usted? ¿Con su pinta de boxeador? ¿Y por qué quiere que le releven de este «maldito» caso? ¿Qué hace aquí?

—Quería ver moverse a esa chica. Hacer un pequeño registro sin testigos. En resumen, tratar de averiguar qué había ocurrido en esta casa.

—No le voy a denunciar por nada —dijo Ronald dejándose caer pesadamente en una de las butacas—, al contrario, quiero colaborar con usted. Estoy cansado, ¿sabe? Muy cansado, de verdad. Y asustado también.

—¿Por qué? ¿Quién es esa chica?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe, Kachemir?

—Es como si hubiera llegado del fondo de la noche. Como si la hubiera traído el diablo.

—¿En qué sentido dice eso? ¿Por qué?

—Se lo explicaré, Dan. Usted sabe que tengo mucho dinero y que mi fortuna es una de las más importantes de los Estados Unidos. En este sentido yo siempre he sido un hombre feliz, pero hubo un suceso que ensombreció terriblemente mi vida. De eso hace ya veinte años, cuando usted era un chiquillo, pues si no recuerdo mal tiene usted ahora treinta. Me estoy refiriendo a la muerte de mi hijo Patrick.

—Fue un extraño asesinato —dijo pensativamente Dan—. Lo recuerdo porque he visto todos los datos en los archivos: el asesino no fue hallado nunca.

—Como comprenderá, ésa fue la pesadilla de mi vida —musitó

el millonario, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Pero veinte años consiguen que uno se olvide de casi todo, aunque esta casa nunca volvió a ser lo que fue. Puesto que yo era viudo, me volví a casar para consolarme un poco de aquella pérdida y tuve una hija que ahora cuenta quince años. Mi esposa es mucho más joven que yo y cuenta treinta y cinco. Usted las conoce, Dan.

—Claro que sí —dijo Dan—. Precisamente un día tuve la desgracia de embestir su coche cuando yo iba dormido dentro del mío.

Como si no le hubiera oído, el dueño de la casa continuó:

—No le extrañe que yo haga algunas cosas un poco raras. Por ejemplo que cerrara a cal y canto la habitación en que fue asesinado Patrick, y que escondiera la llave en un sitio que sólo yo conozco. No le extrañe que cada día mire el camino por el que él solía venir después de sus paseos. Es un camino que serpentea entre los riscos y que no usa nadie. Por otra parte, creo que muy pocas personas sabrían encontrarlo.

—Sí —reconoció Dan—. No es fácil.

—Pues bien, hace dos noches, por ese camino, vi llegar a una muchacha desconocida. No se puede imaginar lo que sentí, puesto que durante años y años nadie había transitado por él. La muchacha estaba destrozada por una larga caminata, iba con las ropas deshechas y casi se derrumbó al llegar ante la casa. Pero yo tuve la sensación de que no había venido aquí por casualidad… De que sabía adónde iba. Jamás había estado en la comarca, pero ella estaba segura de que tenía que llegar a mí casa.

Dan parpadeó.

—¿Se refiere a la muchacha que ahora está ahí desmayada? —susurró.

—Sí, por supuesto.

—¿Conoce su nombre?

—Ella dice que se llama Jane, y debe ser cierto.

—¿Qué hizo luego, cuando ella llegó a la casa?

—Por supuesto, la recogí y la atendí en todo lo necesario. Mi mujer y mi hija estuvieron muy simpáticas con ella. Enseguida me di cuenta de que la muchacha era inteligente, pero algo pasaba en su cerebro. Tenía grandes lapsus de memoria.

—¿Y se quedó a vivir en esta casa?

—Bueno, ella no lo pidió nunca, pero todos tuvimos la sensación de que al llegar aquí había llegado a su meta. Como si hubiera estado buscando este sitio durante muchísimo tiempo, durante muchos años tal vez. Cosa asombrosa, puesto que ella no es de la comarca y nunca había estado aquí. Incluso habla el americano con el acento nasal del norte, y no con el acento dulce del sur. Le di una habitación, unos alimentos y unos vestidos. Jane es una muchacha que habla muy poco, pero yo noté que estaba agradecida y que haría por nosotros cualquier cosa. Por prudencia, nunca le he preguntado nada acerca de su pasado, pero siempre he supuesto que había huido de algún sitio. Ahora tengo pruebas de que esa suposición era verdad.

—¿Qué pruebas?

—Luego se las enseñaré, pero quiero hablarle antes de algo que me ha llenado de asombro y casi de miedo. Fueron algunas cosas inexplicables que encontré en esa muchacha.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, conocía la casa sin haber estado nunca en ella.

—¿Queeeeé?…

—Eso que le estoy diciendo: conocía la casa. Se movía por ella como si ya hubiera visto estas habitaciones muchas veces, cuando todos sabemos que jamás había estado aquí. Pero lo más estremecedor ocurrió una noche.

—¿Qué noche? ¿Qué pasó?

—Voy a decirle algo que nadie sabe aún: quiero que desaparezca ese fúnebre panteón que está tan cerca de la casa, ya que ésta ya es bastante siniestra sin necesidad de tener los muertos al lado. Pero, como es lógico, los traslados deben hacerse con todo respeto, y empecé por mi madre, Diana Kachemir. Unos especialistas trasladaron los restos a un ataúd nuevo y los llevaron al panteón que he comprado en el cementerio parroquial de William Lake, un sitio mucho más tranquilo y digno. El viejo ataúd, convenientemente limpiado, quedó allí para quemarlo cuando los traslados hubiesen concluido. Pues bien, una noche Jane se metió dentro.

Dan pestañeó. Hasta el sueño se le había ido al escuchar aquellas palabras. Mientras apoyaba las manos en la mesa musitó:

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé, y tengo la sensación de que ella tampoco. Pero hay una cosa horrible, Dan. Otra cosa horrible.

—¿Cuál?

—Ése era un defecto que mi hijo también tenía.

—¿Se refiere a… a Patrick?

—Sí. Al asesinado.

Dan sintió un inquietante dolor dentro de los ojos. Con una voz que no parecía la suya musitó:

—¿Está seguro?

—Claro. ¿Cómo no me voy a acordar de las manías que tenía mi único hijo? Ya sabe usted que eso es como una enfermedad: tanatofilia creo que se llama. Afición a las cosas relacionadas con la muerte, aunque de una forma inofensiva. Las personas a los treinta años eligen su propio ataúd, compran su nicho funerario y seleccionan ya la música de sus funerales, son enfermos de esa clase, pero no hacen daño a nadie.

—Entonces —dijo Dan con un hilo de voz— se explica lo de Drake. Jane volvía a estar dentro del ataúd cuando él entró en el panteón para robar.

—Sí. Lo curioso es que Jane conocía perfectamente la forma de abrir y cerrar el panteón valiéndose de una simple ganzúa. Esa afición también la tenía mi hijo.

Dan sintió que palidecía.

Balbució:

—Oiga, yo he estado revisando la armadura de la que ella sacó la llave… Estoy seguro de que la tapa protectora del yelmo no se había movido en veinte años. La capa de óxido era tremenda… Como también estoy seguro de que la puerta de la habitación donde Jane entró, llena de telarañas, no se había abierto tampoco en todo ese tiempo. Es una parte de la casa en la que se nota que usted no quiere ni entrar… ¿Cómo conocía ella que la llave estaba allí? ¿Y cómo pudo ir en línea recta hacia esa puerta?

Ahora el que había palidecido era Kachemir, el viejo millonario. Sus facciones exangües recordaban las de un cadáver. Mientras movía la cabeza, susurró:

—No lo sé. Eso es lo terrible. No lo sé… Porque la habitación en que Jane entró, la habitación en la que se ha desmayado de miedo es aquélla en que murió asesinado mi hijo…

CAPÍTULO IV

Los dedos de Dan temblaron un momento. Intentó colocar un cigarrillo entre sus labios, pero hasta eso le costó trabajo. Al fin, como queriendo cambiar de conversación y alejar un poco aquella pesadilla, musitó:

—Usted ha dicho que tenía pruebas de que ella había huido de algún sitio. ¿Cuáles son esas pruebas? ¿A qué se ha referido?

Ronald Kachemir se puso en pie y fue hacia un solemne canterano de madera inglesa que ocupaba parte de una pared. Abrió uno de los cajones y extrajo una tarjeta. Estaba plastificada y era una especie de documento de identidad, en el que figuraba la fotografía de la hermosa muchacha.

—Ella llevaba esto encima —susurró—, aunque no quería mostrarlo. Como ve, es una tarjeta de identidad del Centro Psiquiátrico de Mulden, en Nueva York. El nombre figura aquí: Jane Donovan. La enfermedad diagnosticada también: psicosis alucinatoria. No está considerada como peligrosa ni mucho menos. En cuanto a la conducta, es intachable. En el dorso de la tarjeta están especificadas las circunstancias por las cuales fue acogida en ese Centro Psiquiátrico, que es un centro estatal para niños con capacidad mental disminuida. Esa niña fue depositada allí por un pariente lejano, ya que sus padres habían muerto en accidente y ella se salvó por milagro. Desde entonces sufría alucinaciones que hacían muy difícil la convivencia con ella. Ese pariente desapareció y no se ha vuelto a saber de él, por lo que la muchacha vive desde los tres años de la beneficencia pública. Y aquí viene el dato más inquietante: la fecha de nacimiento.

—¿Qué fecha? —preguntó Dan.

—El 20 de diciembre de 1956.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Y lo pregunta? —musitó Kachemir mientras sus labios

temblaban ostensiblemente—. ¿Y lo pregunta, teniente? Es la fecha en que murió asesinado mi hijo…

* * *

El teniente Dan se frotó los ojos, puso de nuevo los pies sobre lo mesa, miró en torno suyo y se dio cuenta de que el reloj que estaba al otro lado del despacho marcaba las tres de la tarde. Se había quedado dormido y no sabía cómo. Vio que los empleados de la compañía concesionaria de la máquina automática de bebidas se quejaban al retirar la recaudación, porque entre las monedas había algunas que eran falsas, aunque tenían el peso de las auténticas. "Esto —gritaban— es inconcebible en un centro oficial de la policía". Dan se volvió a frotar los ojos y comprendió que tendría que tomar el café fuera durante una temporada.

Por fin aquellos tipos se marcharon y él descolgó el teléfono. La primera llamada fue para Ronald Kachemir.

—Ella sigue descansando bien —le informó el millonario—. El médico ha vuelto y ha dicho que se repondrá. Por el momento le hemos dado alimentos por vía intravenosa, ya que la tensión había bajado a diez.

—Gracias —dijo—. Volveré a verle, señor Kachemir.

Y a continuación marcó otro número. Éste correspondía a un pequeño núcleo del condado de Meadow, en Nueva York.

La llamada era para el Centro Psiquiátrico de Mulden. Y ya debían estar sobreaviso de aquello, porque apenas mencionó el nombre de Jane Donovan le pasaron la comunicación con un hombre de voz excitada que casi gritaba al otro lado del cable:

—Oiga… ¡Oiga!… ¿Dice que es la policía? ¿Dice que han encontrado a Jane Donovan?

Dan dijo con voz inexpresiva:

—Sí.

—¡Pues voy a recogerla inmediatamente!

—¿Quién es usted?

—El doctor Madison. Esa muchacha estaba en mi sección. Llevo cuidándola desde que la ingresaron aquí: hace prácticamente diecisiete años. Y supongo que usted ya sabe que se ha fugado.

—Claro que lo sé, doctor, pero en su documento sanitario dice que no es peligrosa.

—Ah, llevaba ese documento encima… Mejor, mejor. Por

supuesto que no es peligrosa, y el hecho de que haya obrado con astucia lo demuestra. En este centro, las muchachas como ella no están sometidas a ninguna clase de vigilancia, y lo único que hacemos es prepararlas para que puedan tener un empleo a partir de los veinte años. En este caso no nos quedaba otro remedio que cuidar de ella porque no tenía parientes conocidos.

—Sí, ya sé que sus padres murieron en un accidente de coche.

—Y ella se salvó por milagro. Supongo que desde entonces tiene esas alucinaciones que la han atormentado —continuó el doctor Donovan—, porque a esa edad un ser humano ya se da cuenta de los detalles horrendos de la muerte. Pero el caso es que la enfermedad existe y nosotros hemos de combatirla.

—¿Esa muchacha está bajo su tutela, doctor?

—Sí. Por eso he hablado de ir a buscarla, ya que me parece demasiado brutal para ella hacerla conducir por la policía. ¿Dónde está añora? ¿La han detenido? ¡Si la han detenido piensen que es una pobre muchacha y no ha cometido delito alguno! ¡Trátenla bien! ¡No es más que una enferma!

Dan murmuró:

—No hemos hecho nada contra ella, doctor Madison, ni pensamos hacerlo. Para su tranquilidad le diré que está en unas condiciones materiales tan buenas como jamás pudo soñar. Unas circunstancias un tanto raras hicieron que Jane llegara al sur del país, a Florida, a una población llamada William Lake, cuyo jefe de policía soy yo. Tuvo un desmayo ante la residencia de uno de los hombres más ricos del país, el señor Ronald Kachemir, y él la ha acogido en su casa. Ha tenido algún leve trastorno de signo psicológico, pero se encuentra muy bien.

—¿Trastornos? ¡Eso significa que ha recaído! ¡Deben devolverla inmediatamente aquí!

—Hay un pequeño problema, doctor Madison —dijo en voz baja Dan.

—¿Cuál?

—Una cosa sin importancia, una pura rutina, pero debemos seguir ciertos trámites hasta que el fiscal del distrito diga «Basta». Parece que dos ladrones entraron a robar en esa casa y Jane asustó a uno de ellos, que al huir se precipitó por unos acantilados de la costa, matándose. Se trata de una muerte accidental, por supuesto,

pero ya le digo que hay que cubrir algunos trámites. Dentro de muy pocos días espero que ella pueda estar de regreso ahí.

Se notó una vacilación al otro lado del cable.

—¿Cuántos días? —preguntó la voz del doctor Madison.

—No sé… Ocho o diez a lo sumo.

—Demasiado tiempo para estar sin atenciones médicas. Oiga una cosa, teniente. Yo puedo disponer ahora de una breve temporada de descanso, quizás una semana… Voy a sacrificarla para ver qué ocurre con esa chica. Bueno, sacrificarla en cierto modo, porque no conozco Florida y así la visitaré, pero lo fundamental es que a ella no le ocurra nada. Piense que la conozco desde los tres años. Lo lamentaría toda la vida si le pasase algo.

—Me hago perfecto cargo, doctor. ¿Cuándo llegará?

—No lo sé, porque depende de las necesidades del servicio, pero en todo caso ya tendrá noticias mías.

—Gracias, señor Madison. Por cierto… Oiga.

—¿Qué?

—¿Cree usted en la transmigración de las almas, señor Madison?

—¿Queeeeé?…

Dan dijo con suavidad.

—No, nada.

Y colgó lentamente.

CAPÍTULO V

Lorna Kachemir acabó de repasar el estado de su cuenta corriente y luego exhaló un suspiro de aburrimiento. Estaba acostumbrada a tener dinero, y el hecho de que su padre le ingresara montones de billetes en el banco no le producía la menor emoción. Desde que nació, Lorna sabía que pertenecía a una de las principales familias de los Estados Unidos, y ya se había acostumbrado a la idea.

Guardó el saldo bancario y fue a la habitación de Jane Donovan. Cariñosa por naturaleza, Lorna Kachemir se sentía mucho mejor desde que aquella muchacha desvalida, a la que las piernas no podían sostener, llegó por azar a aquella casa. Desde entonces la había estado ayudando en todo lo posible y le había estado dando lo mejor de ella misma: su amistad.

Vio Que Jane Donovan estaba escribiendo unas anotaciones en una libreta, debajo de un plano que acababa de dibujar. Era un plano un poco confuso pero que sin duda representaba una casa. Lorna vio aquello por encima del hombro de su nueva amiga y sonrió.

—¿Qué es lo que has dibujado? —preguntó.

—No sé. Un plano.

—Pero un plano, ¿de qué?

—De una casa.

—¿Y qué piensas hacer con ella? ¿Es que quieres estudiar arquitectura?

Jane rió lentamente.

—¿Arquitectura yo? ¿Cómo es posible que digas eso? No he pasado aún de la enseñanza primaria.

—Pues aquí parece como si tuvieras unos conocimientos. Está marcado el grueso de las paredes, están bien calculadas las distancias… Hasta has marcado en los cimientos un refuerzo que no es normal. Yo soy aficionada a la arquitectura y conozco bien esos

detalles. El plano no está nada mal.

—Casualidad —dijo Jane—. Bueno, de todos modos siempre hago el mismo.

—¿El mismo? —se sorprendió Loma.

—Sí, claro… Siempre la misma casa.

—¿Desde cuándo?

—No sé… Desde que era una niña.

—¿Quieres decir que entonces ya sabías marcar unos cimientos? —preguntó Lorna con un hilo de voz.

—No lo recuerdo… Supongo que sí.

Lorna Kachemir tuvo un leve estremecimiento. No sabía por qué, pero aquello le causaba un íntimo, un delicado horror. El dibujo de la casa le recordaba no sabía qué, pero era algo que estaba clavado en el fondo de su vida.

—¿Por qué siempre los mismos planos? —susurró.

—No sé… Es un modelo de casa que me gusta.

Lorna chascó dos dedos.

—Creo que antes lo he visto en alguna parte —murmuró.

—¿Dónde?

—No sé, voy a mirar. Tengo muchos libros de arquitectura en la biblioteca. Aguarda.

Y salió de allí para dirigirse al piso superior, donde estaba la enorme biblioteca de los Kachemir. Un pesado, un denso, un casi terrorífico silencio flotaba allí, entre los miles de volúmenes alineados en una especie de descanso eterno. Muchos de ellos tenían un gran valor, pero no habían sido tocados desde doscientos años antes. Una especie de secreta amenaza palpitaba en aquella habitación llena de sombras y de recovecos, detrás de cuyas enormes cortinas de terciopelo podían ocultarse una docena de hombres.

Lorna fue adonde estaban los libros de arquitectura. Estaba perfectamente convencida de que los planos que dibujaba Jane los había visto ella antes en uno de aquellos textos, donde seguramente Jane lo había visto también, años antes, aprendiéndoselo de memoria.

Tomó uno de ellos.

Y de pronto se detuvo.

No sabía lo que le pasaba.

Pero la estaba recorriendo un brusco, un lento, un profundo estremecimiento de horror.

Porque ahora se daba cuenta, ahora LO SABÍA.

¡Claro que había visto antes aquellos planos en alguna parte! ¡Claro que había visto el dibujo de la casa obsesivamente repetido! Ese dibujo estaba en docenas de papeles repartidos por las carpetas, todas las cuales llevaban un mismo nombre: «Patrick». Porque eran dibujos que pertenecieron al hermanastro de Lorna, asesinado veinte años antes.

¡Porque eran dibujos creados por el propio Patrick!

¡Creaciones suyas!

¡Unos dibujos que sólo se habían visto dentro del círculo más familiar y que no habían salido nunca de aquella casa!

Lorna Kachemir sintió que la sangre dejaba de circular por sus venas.

Una pregunta terrible atravesaba sus sienes, y esa pregunta podía resumirse en dos simples palabras: «¿POR QUE?».

¿Por qué Jane conocía aquellos dibujos?

¿Por qué tenía los mismos gustos que el muerto?

¿Por qué lo recordaba todo, hasta el menor detalle, como si tuviera el cerebro de Patrick?

¿POR QUE SABÍA LO QUE SABÍA EL MUERTO?

Eran demasiadas preguntas para su cerebro y era demasiada tensión para sus nervios. De pronto el miedo llegó hasta lo más profundo de su sangre y sintió unas sordas, unas desesperadas ansias de gritar.

Pero pudo dominarse.

El silencio la rodeaba como una amenaza.

Poco a poco, oyendo como una pesadilla el ruido de sus propios pasos, volvió al dormitorio de Jane Donovan. Le quería preguntar cómo era posible que supiese aquello, de dónde había sacado ya en su niñez las ideas de un hombre que llevaba veinte años muerto.

Conteniendo la respiración, llegó a la puerta del dormitorio.

La luz que antes le pareció tan acogedora, se había hecho ahora siniestra y hostil. Era una luz que parecía atravesar como un cuchillo. Mientras Lorna daba unos pasos hacia el interior, susurró:

—Jane…

Nadie contestó.

El silencio se había hecho tan pastoso que casi la ahogaba.

Lorna se dio cuenta de que sus sorpresas no habían terminado aún, porque Jane Donovan no estaba en su dormitorio. Miró en el cuarto de baño y también lo vio vacío. Entonces volvió a llamar con voz ronca:

—Jane…

No estaba. La muchacha había desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra. Entonces Lorna Kachemir volvió a sentir el ramalazo del miedo otra vez.

Y miró hacia arriba.

Sus ojos temblaron.

El techo…

Unos pasos quedos sonaban en él.

Alguien caminaba arriba, en la biblioteca.

En la biblioteca…

Tenía que ser Jane Donovan.

¿Pero cómo era posible, si no existían más que unas escaleras para subir allí y no se habían cruzado en ellas? ¿Por dónde había ido Jane? ¿Volando a través del aire?

Otra vez notó aquel nudo espantoso en la garganta. Sintió deseos de gritar y de avisar a la numerosa servidumbre, pero no se atrevió. Se daba cuenta de que, a la hora de la verdad, no sabría qué explicarles.

Decidió ir a la biblioteca otra vez y hablar con Jane. Todo aquel asunto inexplicable tenía que aclararse, y ella pensaba que no iba a ser difícil después de todo. Lo sobrenatural no existe. Las cosas siempre tienen una explicación.

Subió sin cruzarse con nadie. El silencio la rodeaba cada vez más. La luz tétrica de aquel aposento llenó de nuevo sus ojos.

Pero los pasos habían cesado ya.

La biblioteca estaba vacía.

—Jane… —volvió a llamar—. ¡Jane!

Silencio. Ni siquiera sus voces tuvieron un eco al ser ahogadas por las interminables columnas de libros.

—¡Jane!

Y de pronto la muchacha se volvió en seco.

Le parecía haber oído un ruido a su espalda.

Pero no, no había nadie. Pensó que pronto empezaría a ser

víctima de las pesadillas y decidió bajar. Fue a dirigirse de nuevo a las escaleras, donde la acechaba un coro de sombras.

Y entonces aquel ruido se repitió, pero ahora al otro lado de la biblioteca. Los ojos de Lorna Kachemir se desencajaron mientras giraba sobre sus tacones.

Tampoco vio nada, pero unas cortinas se habían movido. Ella estaba segura de que se habían movido. Claro que podía ser el viento a través de una ventana que no cerraba bien, y por eso se dirigió hacia allí, dispuesta a averiguar lo que sucedía.

De pronto se sentía dominada por un firme valor. Iba a averiguar qué era aquello. Descorrió las cortinas bruscamente.

Y el gato casi saltó a sus brazos, maullando lastimeramente. Era un gato joven y que Lorna no había visto nunca, pero que sin duda había entrado por alguna de las puercas mal cerradas, refugiándose allí. Lanzando un suspiro de alivio, la muchacha lo tomó en sus brazos y le acarició el lomo, mientras el animal runruneaba satisfecho.

Pero todo cambió de repente, en unos segundos tan sólo. Los pelos del gato se erizaron. Maulló de nuevo, aunque ahora de una forma agresiva.

Lorna volvió la cabeza.

Y su garganta se paralizó en un espasmo de horror.

Sus ojos se desencajaron.

Fue incapaz de moverse.

Porque AQUELLO estaba allí.

Vio los ojos hostiles y duros.

Vio la boca torcida. La chispita de locura en aquel rostro.

Vio el hacha.

Sin tiempo para lanzarse hacia atrás, sin tiempo para gritar, Lorna Kachemir hizo el gesto instintivo de llevarse las manos a la cabeza.

Ni eso consiguió.

El hacha bajó con la velocidad del rayo. Su lengua de acero partió en dos el cráneo de la muchacha.

Saltó la sangre.

Salpicó los libros, las cortinas, la alfombra.

Se oyó apenas un leve gemido de horror.

Un segundo hachazo casi separó la cabeza del tronco. Después el

arma mortífera arrastró un momento por los suelos, mientras el ser humano que la había empuñado iba hacia la puerta.

Se hizo el silencio.

Bajo la luz espectral de las lámparas de la biblioteca sólo se veía el flujo de la sangre, aquella sangre joven que había manchado hasta las patas del gato.

CAPÍTULO VI

Dan estaba medio dormido bajo la ducha, a la mañana siguiente, cuando le llamaron con urgencia. El propio sargento Peter, que sólo se desplazaba en casos muy graves, entró en su habitación.

—¡Ahora sí que no hay duda, teniente! —gritó—. ¡Kachemir House se ha convertido en la auténtica mansión del infierno!

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Lorna Kachemir ha sido asesinada! ¡Decapitada por un hacha!

El sueño de Dan se esfumó por completo. En unos segundos estuvo despejado, cosa extraña en él. Se vistió rápidamente, miró el reloj, vio que eran sólo las nueve y salió en el coche patrulla hacia los acantilados de la costa.

El mar rugía otra vez, sacudido por los últimos ramalazos del ciclón del Caribe. La casa le pareció a Dan más sombría, más triste, más vieja que nunca. Claro que aquella mansión tenía grandeza, pero la grandeza es a veces aliada de la muerte.

Ronald Kachemir, el multimillonario, era apenas una sombra, una máscara de sí mismo. El médico le había aplicado dos inyecciones calmantes, pero aun así los ojos le temblaban en las órbitas. Miró a Dan como si no le hubiera reconocido.

Dan dijo a uno de sus ayudantes:

—Por favor, no se separe de este hombre.

Y subió a la biblioteca, precedido por uno de los sirvientes. Al ver el cuadro que se le mostraba allí, sus ojos casi se desencajaron. De lo que había sido una muchacha bonita, elegante, llena de simpatía y de nobleza, no quedaba apenas nada. Sólo un cuerpo ensangrentado y unos ojos espantosamente abiertos que estaban mirando al vacío.

Dos técnicos en huellas entraron tras él, poniéndose a trabajar inmediatamente. El forense subió pesadamente las escaleras, maldiciendo de su destino. La madre de Lorna había sufrido un

shock y estaba en cama, sometida a los efectos de una serie masiva de inyecciones. Las sombras de la desesperación y la muerte planeaban oscuramente sobre aquella casa que tantos millones de seres envidiaban, una casa donde en otro tiempo pareció centrarse la felicidad. El propio Dan sintió que él mismo era una sombra que apenas sabía moverse por los aposentos.

Una breve inspección ocular le convenció de que el asesino no se había llevado nada. El robo no había sido el propósito de aquel sucio crimen, cuyas causas aparecían cada vez más inexplicables para Dan. Hubo un momento en que de verdad empezó a creer ya en la magia.

Se detuvo en una de las salas, bien lejos del lugar donde se había producido el crimen. Miró en torno suyo mientras la cabeza le daba vueltas.

Y entonces vio la pequeña mancha de sangre en una butaca.

¿Sangre allí? ¿Tan lejos de la biblioteca? ¿Qué significaba eso? ¿Que quizás el asesino había pasado por aquel lugar?

Se fijó mejor y vio entonces que la mancha de sangre era única. No había ninguna otra. Cada vez más confuso por lo que eso pudiera significar, miró en torno suyo nuevamente y entonces vio al gato.

El pequeño felino estaba agazapado en un rincón y lo contemplaba todo temerosamente. Cuando Dan alargó la mano hacia él intentó dirigirle un zarpazo, lo cual indicaba que sentía irritación y miedo. ¿Por qué?

Dan se dio cuenta entonces de que el animal tenía una de las patas algo manchada de sangre, y eso le dio la explicación acerca de la manchita hallada en la tapicería de la butaca. No cabía duda de que el gato estaba en la biblioteca cuando Lorna fue asesinada, tan cerca de la víctima que su pelaje se manchó de rojo. Había huido inmediatamente, después de limpiarse por instinto con la lengua, pero dejando algunas huellas de su paso. Y el asustado animal aún tenía sobre su pelaje una manchita de sangre.

El teniente hizo un gesto de tristeza.

Si los animales pudieran hablar, él ya tendría resuelto aquel caso. Pero el gato le seguía mirando con miedo, como el único testigo del mundo que no le servía para nada. Poco a poco consiguió tranquilizarle y le pasó la mano por el lomo

compasivamente. Cualquiera que le hubiese visto habría pensado que Dan podía dedicarse a cosas más útiles que acariciar gatos en la casa donde se había cometido un crimen. Al fin y al cabo, todo aquello lo pagaban los contribuyentes.

En efecto, alguien le vio.

Era Jane Donovan.

Jane Donovan estaba quieta allí, vestida con ropas que casi parecían de colegiala, retorciéndose las manos angustiosamente y sintiendo un nudo en la garganta. Había llegado en silencio, como un fantasma o como una sombra.

—Parece que le gustan los animales, teniente —fue todo lo que dijo.

—Los animales son casi siempre mejores que los seres humanos —musitó Dan—, pero en este caso ocurre algo especial. Este gato fue testigo del crimen.

—¿Cómo lo sabe?

—Muy sencillo. Mire.

Y le mostró la pequeña mancha, que el gato hacía ya signos de querer quitarse con la lengua. Luego explicó su sencilla deducción.

—La lástima es que no pueda hablar —finalizó—. Nos lo contaría todo.

Jane se derrumbó sobre una de las butacas.

Tenía la boca contraída en una mueca, la mirada perdida.

—Era… era la persona más… más desinteresada y noble que he visto —susurró—. De todas las personas que he… he conocido en el mundo… era la que más merecía vivir.

Parecía a punto de derrumbarse, de sufrir un *shock*. Dan se sentó frente a ella y la miró escrutadoramente.

—Usted ha conocido a pocas personas. Jane… —susurró—. Supongo que en el centro psiquiátrico tendría escasas relaciones con la gente.

—Sí. Apenas veía a nadie.

—¿Quién cuidaba de usted?

—El doctor Madison.

—¿Buena persona?

—Sí, muy buena.

—¿Se había enamorado de usted?

—¿Qué?

—Quiero decir si usted le gustaba físicamente.

Jane parecía no haber comprendido la pregunta. Susurró:

—Imposible. Me conocía desde los tres años.

—Bueno, pero uno puede darse cuenta de que una niña se convierte en una mujer… ¿Qué edad tiene el doctor Madison?

—Unos cuarenta y cinco años.

—¿Soltero?

—Sí.

—¿Qué le enseñaba a usted, Jane?

—Todo. En el Centro se nos distribuía en pequeños grupos. Él siempre estuvo en el mío y se dedicó a mí con especial interés.

—Pues ese interés y ese cariño siguen manifestándose —dijo Dan—. Es posible que venga a visitarla muy pronto.

—¿Para devolverme a la clínica?

—No sé… Es posible.

La muchacha hizo un gesto de desesperanza. Se notaba a simple vista que estaba harta de vivir en el Centro Psiquiátrico, como un fósil, aunque tampoco iba a rebelarse si la obligaban a volver allí. Como casi todos los seres que no tienen familia ni futuro, se doblegaba ante su destino. Dan se dio cuenta de que ella sufría y decidió cambiar de conversación, porque además estaba bien claro que Jane no iba a poder volver de momento al Centro Psiquiátrico. La policía la necesitaría allí mientras durasen los interrogatorios.

—Usted debió ver a Lorna poco antes de que la mataran, ¿verdad? —musitó.

—Sí. Vino a mí dormitorio.

—¿De qué hablaron?

—De unos planos que yo estaba dibujando.

—¿Qué planos?

—Nada… Unos de un edificio que no tienen ninguna importancia. Lo hago a veces para distraerme. Siempre dibujo los mismos.

—¿Puedo verlos?

—Claro que sí… Pero ya le digo que no tienen importancia. Éstos no los he roto por pura casualidad.

Y le llevó al dormitorio. En aquel aire íntimo parecía romperse la atmósfera de crimen, de pesadilla, que imperaba en otros rincones de la casa. La habitación olía a hembra joven, limpia. Dan

echó la cabeza para atrás y aspiró con deleite aquel aroma de pacífica sensualidad.

Jane musitó:

—Mire, aquí están.

Dan los miró y se dio cuenta, como va se había dado cuenta Lorna, de que los planos revelaban unos ciertos conocimientos de arquitectura. Preguntó a la muchacha si alguien le había enseñado esa técnica.

—No. Es un dibujo que hago siempre.

—¿Sin variarlo?

—Sí, sin variarlo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

La muchacha tenía la mirada perdida, vacía. Diríase que habitaba en un mundo que no era el suyo. De pronto Dan miró hacia la puerta.

Porque acababa de oír allí un grito de sorpresa y de horror.

Porque se había dado cuenta de que en una garganta humana, tras él, vibraba el aliento de la muerte.

* * *

Sus ojos descubrieron, temblando de excitación y de miedo, al hombre que menos hubiera podido imaginar. Porque Ronald Kachemir, al fin y al cabo, estaba en su propia casa y no le amenazaba ningún peligro. No se podía entender por qué sentía miedo de una simple muchacha.

Pero pronto se dio cuenta Dan de que aquel hombre sentía miedo de otra cosa: de los planos que estaban sobre la mesa. Con voz ahogada, el millonario musitó:

—¿Ella… ella ha dibujado esto?

—Sí —dijo Dan—, ¿por qué?

—Esos planos no ha podido inventarlos.

—Quizá los ha copiado de alguna parte —susurró Dan, no comprendiendo muy bien aquella situación.

—Imposible —dijo Ronald Kachemir con voz opaca—. Esos planos no han salido nunca de esta casa. Y si Jane ha estado siempre encerrada en un establecimiento psiquiátrico, ha sido la última persona en el mundo que ha tenido oportunidad de verlos.

—¿Por qué no han salido nunca de esta casa? —preguntó Dan.

—Porque los ideó mi hijo.

Dan sintió frío hasta el fondo de sus huesos, hasta el fondo de su columna vertebral, hasta el fondo de su cerebro.

—¿El asesinado? —musitó.

—Sí.

—¿Hace veinte años que los dibujó?

—Sí.

—¿Por qué?

—Era muy joven, pero le gustaba la arquitectura. Me estaba convenciendo para que edificásemos una casa nueva en el terreno que tenemos libre. Decía que ésta era demasiado vieja, demasiado siniestra. Llegó a idear una que le gustaba mucho y siempre la estaba dibujando y perfeccionando. Yo… yo la conocía muy bien. Los planos detallados que llegó a hacer están en la biblioteca y nunca se han movido de allí. Por eso digo que Jane no ha podido verlos.

Otra vez Dan sentía aquel frío, aquella angustia. Mientras sus ojos vagaban por la habitación preguntó a Jane:

—¿Llegó a ver Lorna esos dibujos?

—Sí, claro que sí. Lo estuvimos comentando. Ella dijo también que lo había ideado todo su hermanastro, según unos viejos planos que estaban en la biblioteca. Subió a comprobarlo personalmente.

—De modo que por eso fue al piso de arriba…

Jane no contestó. Otra vez el silencio se hizo pesado, angustioso, un silencio sólo roto por la respiración casi jadeante del dueño de la casa.

Fue él quien musitó:

—Lo que está sucediendo aquí es… es obra del diablo.

—¿Por qué? —preguntó Dan, intentando quitar importancia a lo que él mismo estaba pensando.

—¿Quiere más detalles to… todavía?

Dan negó con la cabeza, pero en ese mismo momento tuvo la sensación de que se volvería loco. Musitó:

—Necesito ver enseguida al doctor Madison. Necesito verle con urgencia, como sea.

Y apenas había terminado de hablar cuando la voz susurró desde la puerta:

—¿Estaba preguntando por mí, teniente? ¿Qué pasa?

CAPÍTULO VII

El joven volvió sus ojos hacia aquel lugar. Vio en el umbral a un hombre que debía tener, en efecto, unos cuarenta y cinco años, pero que los llevaba con un aire desenvuelto, juvenil y todavía atractivo. Vestía con una elegancia descuidada. Tenía una mirada dura e inquietante, de hombre listo que ve más allá de los simples objetos materiales. Y esa mirada estaba clavada fijamente en el rostro de Dan.

—Soy el doctor Madison —dijo—. Acabo de llegar.

Lo que sucedió entonces fue casi conmovedor. La muchacha se arrojó en sus brazos, como si sólo junto al médico que la conocía desde los tres años encontrara protección. En su gesto hubo algo infantil, algo desesperado, y sin embargo, tentador. Porque nadie podía permanecer indiferente ante una señorita que le caía a uno en los brazos de ese modo.

—Parece que le quiere —dijo Dan.

—Siempre he cuidado de ella.

—Celebro que haya venido, porque, en efecto, quería hablar con usted. Hay cosas que no tienen sentido si usted no me las explica.

—Naturalmente —dijo Madison—, aun cuando me he encontrado con algo que no esperaba. Dicen que aquí se ha cometido un crimen.

—Sí —dijo Dan con voz opaca.

—¿Qué… crimen?

—Venga. Le explicaré.

Separo a la muchacha y le aconsejó que tratase de dormir un poco. Ronald, el dueño de la casa, se fue también a sus habitaciones. Cuando los dos hombres estuvieron solos, salieron hacia los inmensos terrenos verdes que bordeaban la costa.

—Aquí se podría construir un magnífico campo de golf —opinó el médico.

—En realidad lo es, aunque se prolonga bastante más allá. Ésta es una de las casas más viejas y nobles que hay en Florida, aunque ya resulta un tanto siniestra. Supongo que usted ha oído hablar de los Kachemir.

—Por supuesto. Son una de las familias más adineradas de los Estados Unidos. ¿Pero cómo vino Jane a parar aquí?

—De eso quería hablarle, doctor. Hay cosas que, si no me las aclara usted, no me las va a poder aclarar nadie en el mundo.

—¿Se refiere a Jane?

—Por supuesto; siéntese.

Tomaron asiento en el interior de uno de los coches patrulleros, porque el viento empezaba a ser fuerte y molesto. Ambos encendieron cigarrillos y miraron pensativamente el vacío, antes de hablar.

Luego Madison musitó:

—¿Por qué? ¿Cuál fue la razón? Jane se encontraba bien entre nosotros, se lo aseguro. Aquello no podía ser un hogar, ya lo sabemos, pero no le faltaba de nada. Le aseguro que yo me ocupaba personalmente de ella y nunca pensé que fuera a escapar. Cuando desapareció, pensé por un momento que alguno de los médicos más jóvenes la había engatusado, y por lo tanto inicié las pesquisas por las cercanías de Nueva York. Nunca pude imaginar que llegara tan lejos, casi al otro lado del país.

—¿Tenía ella relaciones sentimentales con alguien? —musitó Dan.

—No, de ninguna clase.

—¿Ni con usted?

—¿Conmigo? —preguntó Madison, sorprendido—. ¿Por qué?

—No sé… Era para darle una explicación a su fuga. Quiero encontrar alguna que no sea la que da vueltas continuamente en mi cerebro y no me deja vivir.

—¿Qué es… lo que da vueltas en su cerebro?

Dan no contestó directamente. Mirando al vacío susurró:

—¿Qué pasa exactamente con Jane? ¿Cuál es el diagnóstico médico?

—Ya se lo anticipé un poco por teléfono. Es difícil… Aunque resulta inofensiva, necesita una educación especial antes de dejar que se gane la vida por sí sola. Por eso y porque no tiene parientes

la mantenemos allí, pero en otras circunstancias podría estar en la calle. Sufre lo que llamamos «desdoblamiento de personalidad». A veces, casi siempre, es ella, pero hay breves momentos en que se convierte en otra persona. Y eso desde niña, ¿sabe? Desde que la conozco.

La boca de Dan se había secado.

—¿Qué persona? —balbució.

—No sé, no podría decirlo.

—Más bien tengo la sensación de que le molesta decirlo, doctor. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Yo aprecio a esa chicha, ¿sabe?

—También yo he llegado a apreciarla —musitó Dan—. La veo tan indefensa que haría cualquier cosa por ella, pero eso no impide que quiera cumplir con mi obligación de aclarar todo este sangriento embrollo. Por eso se lo pregunto otra vez. Cuando a ella se le desdobla la personalidad, ¿en qué otro ser humano se convierte?

Madison dijo sordamente:

—En un hombre.

—¿Queeeeé?…

—Bueno, ¿y qué tiene de particular? —masculló Madison, casi ofendido—. Parece mentira que un policía se extrañe de eso. Usted habrá conocido a docenas de mujeres que son homosexuales, o sea que sólo se ven atraídas por otras mujeres. Pues bien, Jane es una de ellas.

Dan sintió un sordo, un profundo desencanto, pero lo ocultó muy bien. Le pareció como si Jane, aquella criatura que figuraba entre las más deliciosas que había visto, hubiera muerto un poco. Con voz impersonal preguntó:

—Explique un poco mejor eso.

—Es fácil de explicar. Me di cuenta de esa anormalidad cuando la encontré con otra muchacha.

Dan se mordió el labio inferior bruscamente, casi con rabia, mientras farfullaba:

—¿A qué edad?

—Iba a cumplir los diecisiete.

El policía movió la cabeza con un gesto negativo, igual que si le dominara una terca obstinación.

—En todos los sitios donde sólo existen hombres o mujeres existe el peligro de que surjan relaciones homosexuales —dijo, queriendo defender a Jane—. Es más culpa del medio ambiente que de ellas mismas.

—Se siente usted molesto, ¿verdad?

—Con franqueza, sí. A nadie le gusta comprobar que una chica a la que piensa proteger es una pervertida.

—Más se molestará, o más se inquietará —susurró Madison—, cuando le diga lo que yo pienso de todo esto. Como comprenderá, ver que una niña a la que yo había cuidado se había transformado en una mujer, y además en una mujer de tales inclinaciones, me afectó profundamente. Por lo tanto me dediqué a estudiar ese fenómeno y llegué a una conclusión: lo que le ocurría a Jane no era de índole sexual, ¿entiende? Era de índole psicológica. TENÍA METIDO DENTRO EL CORAZON DE UN HOMBRE.

Dan cerró los ojos. Otra vez aquel estremecimiento profundo y casi visceral le recorría por completo.

—¿Qué trata de insinuar? —Musitó, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Qué Jane es un hombre en determinados momentos?

—Sí.

—¿Un hombre, en concreto, o cualquier clase de hombre?

—Un hombre en concreto.

Era la respuesta que Dan no hubiera deseado oír jamás. Todo aquello le producía una sorda angustia, pero logró dominarse aún mientras musitaba:

—¿Qué hombre?

—¿Y yo qué sé?

—Algún ciato tendrá, de todos modos.

—Bueno… ¡Claro que sí! Datos sueltos, sin embargo, datos sin demasiada importancia, ¿comprende? Por ejemplo, es un hombre al que le gusta la arquitectura. Tiene metido un modelo de casa entre ceja y ceja y lo repite constantemente. Se trata de un hombre al que le gustaría tener esa casa.

—Muy bien. Siga.

—Una segunda característica es su buena educación. Ha sido un hombre criado en condiciones realmente estupendas, porque justamente cuando ella asume esa otra personalidad es cuando resulta más seductora, pero con gustos y preferencias de hombre.

Habla de la equitación y del tenis cuando en el centro hospitalario jamás ha visto un caballo ni una raqueta, y también habla del golf. Afirma extrañamente que antes jugaba en un campo de golf estupendo.

Dan pensó: ¿Como el que está al lado de esta casa?

Pero no se atrevió a decirlo. Con la misma expresión ausente, mirando siempre al vacío, preguntó:

—Las mujeres también practican esos deportes: equitación, tenis, golf… Lo que usted dice no significa gran cosa.

—De acuerdo, de acuerdo… Lo que trato de hacerle entender es que ella habla de deportes que no practican los pobres. Y también habla de deportes puramente masculinos, como el boxeo. Ésa es una de las cosas que más me han hecho rodar la cabeza.

Dan musitó:

—¿Por qué no me permite comprobar una cosa un momento? ¿Le molestaría esperar aquí mientras vuelvo a la casa?

—Claro que no me molesta, ¿pero qué quiere?

—Es una pregunta sin importancia. Aguarde un poco, por favor.

Y regresó a la vieja mansión. Ronald Kachemir paseaba de un lado a otro como un fantasma, intentando hacerse a la idea de que la única hija que tenía de su segundo matrimonio había muerto. Estaba tan hundido que no se dio cuenta de la presencia del policía hasta que casi chocó con él.

—¿Qué busca aquí? —preguntó, irritado.

—Retratos de viejos boxeadores —dijo Dan.

—¿Qué? ¿Está loco?

—¿Por qué he de estarlo? Busco retratos de viejos boxeadores para hacer una comprobación. Boxeadores de hace veinte o más años, como Joe Louis en su primera época, como el ya retirado Tony Galento, como Ignacio Ara, como Joe Walcott, como Rocky Marciano… En fin… ¿Qué tiene de extraño eso?

El millonario dijo con voz desesperanzada:

—No encontrará ninguno. Los destruí hace veinte años, cuando quise prescindir de algunos recuerdos que me hacían daño.

—¿Recuerdos de su hijo?

—Sí.

—¿Él tenía retratos de boxeadores? ¿Era aficionado a ese deporte?

—Mucho.

Dan dijo con un hilo de voz:

—Gra… gracias.

Y fue a salir de allí, pero tropezó dos veces con el mismo mueble. El dueño de la casa le preguntó asombrado:

—Oiga, ¿qué le pasa?

—Nada… nada de especial —dijo Dan sin volverse—. Simplemente que tengo sueño…

CAPÍTULO VIII

Volvió arrastrando los pies hasta el coche donde le esperaba Madison. De pronto Dan parecía haberse convertido en un viejo. Tomó otra vez asiento en el interior y miró al vacío como si nada le importase nada.

El médico susurró:

—¿Qué buscaba usted ahí dentro?

—Algo que ya no existe.

—¿Qué era?

—Nada, un recuerdo.

Madison debió pensar que aquel policía también estaba loco, porque hizo un gesto de extrañeza, pero al fin se encogió de hombros y murmuró:

—Creo que se lo he contado todo. De vez en cuando, Jane asume la personalidad de un joven bien educado y de una sólida cultura. Incluso hay momentos en que tiene conocimientos muy amplios y sorprendentes de cosas que nosotros no le hemos enseñado. Pero en parapsicología se dan a veces fenómenos de esa clase (por ejemplo que alguien le esté transmitiendo su pensamiento de otro) y en consecuencia no hemos querido profundizar tanto ni hacer demasiado caso.

—¿Alguien que le transmita su pensamiento? —susurró Dan—. ¿Por ejemplo un muerto?

Madison rió secamente.

—¡Oh, no…! —Dijo al cabo de unos instantes—. ¡Qué tontería! Tiene que ser un vivo.

—¿Por qué?

—¿Y lo pregunta? Porque los muertos no tienen pensamiento ni voluntad, y para transmitir el pensamiento hace falta tenerlo, en primer lugar, y en segundo lugar disponer de una voluntad muy poderosa, casi hipnótica, que venza incluso a las leyes físicas. Con

los muertos eso nunca se da, aunque admitamos como remotamente posible que lleguen a transmitir mensajes en las reuniones espiritistas. Pero mensajes muy elementales, consistentes a veces en un sonido. Imponerse a la personalidad de alguien que está vivo es imposible, al menos en cuanto a la transmisión de pensamiento.

—¿Y en otros sentidos?

—¿Qué quiere decir, Dan? Por el amor de Dios, ¿de qué estamos hablando? ¿QUE QUIERE DECIR?

—Que si existe la transmigración de las almas.

Madison se llevó un momento las manos a los ojos como si aquella pregunta le hubiese aturdido. Luego dijo con voz extrañamente plácida:

—Hay religiones orientales que admiten eso desde muchos años antes de Cristo. Yo no voy a discutir de religión, pero si de una cosa se viene hablando hace tantos siglos quizá convenga estudiarla.

—Imaginemos —dijo Dan tercamente, pero avergonzándose de sus palabras— que una persona muere un día. Y ese mismo día y casi en esa misma hora nace otra. ¿Podría esa segunda persona tener el alma de la primera?

—La pregunta es absolutamente gratuita —susurró Madison—. Entre los cuatro mil millones de habitantes que ya tiene el mundo, el movimiento es brutal, y cada segundo hay gente que se va al otro barrio y gente que viene a este valle de lágrimas. En este segundo exacto en que yo pronuncio una palabra, ha nacido y ha muerto al menos una persona en los Estados Unidos. Si fuéramos a pensar que todo aquel que nace recibe el alma de todo aquel que mucre, se organizaría un follón que no veas. Además es la primera vez que oigo decir una barbaridad semejante.

—Y yo es la primera vez que la digo —murmuró Dan bajando la cabeza, como si sintiera vergüenza—. Perdone.

Fue a salir del coche. Madison gruñó:

—¿Me llevo a la chica de aquí?

—No, no puede.

—¿Entonces para qué piensa que he venido?

—En parte para conocer Florida, como me dijo usted mismo, de modo que tómeselo con calma. Al menos durante una semana, el fiscal del distrito querrá interrogar a Jane Donovan y por lo tanto necesitará tenerla aquí.

—Pues estamos apañados… Al menos me dejará verla.

—Sí, ya he visto que le quiere mucho —gruñó Dan, con un sentimiento confuso que no supo analizar.

—Soy un apoyo moral para Jane, el único apoyo moral que tiene… Mire, le diré lo que voy a hacer: en la ciudad de William Lake hay excelentes hoteles, y la mayoría están casi vacíos al ser fuera de temporada. Alquilaré una habitación y vendré cada día a Kachemir House, suponiendo que al dueño no le importe.

—¿Por qué le va a importar? Hágalo.

Y Dan salió definitivamente del coche, dirigiéndose de nuevo a la siniestra casa. No podía evitar que todo siguiera dando vueltas en torno suyo, pero al menos había tomado una decisión: lo primero que hizo fue ir a ver a Jane.

Intentaría leer en sus ojos tan limpios una cosa inexplicable, intentaría ver en ellos el horror que hay más allá de la muerte.

* * *

La encontró en el dormitorio donde parecía haberse recluido voluntariamente después de la tragedia. Jane Donovan era como un animal acosado que miraba a todas partes con expresión temerosa, y que incluso cuando vio entrar a Dan lanzó un leve gemido de miedo.

Él dijo intentando calmarla:

—No debes estar encerrada aquí, Jane.

—¿Por qué no?

—Te obsesionarás.

Ella le miró aturdida como si no se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Sus ojos seguían cargados de desorientación y de miedo, pero su cuerpo era cimbreante, poderoso, sólido. Era el cuerpo en que uno sueña los sábados por la noche, antes de despertarse de malhumor porque esos cuerpos están eternamente lejos.

—Tengo miedo… —farfulló Jane—, miedo de moverme por esta casa, miedo de ver los pasillos y los cuadros de las paredes… Tengo miedo de todo… Por eso no quiero moverme de aquí.

—Nada te va a ocurrir —prometió Dan—. Puedes estar tranquila.

—¿Dónde está Madison?

Dan se mordió el labio inferior mientras pensaba: «Madison…

Otra vez ese nombre». Y se dio cuenta de que le estaba ocurriendo una cosa perfectamente estúpida: de que empezaba a tener celos. Pero celos, ¿por qué? ¿Qué interés podía tener él en aquella chica?

—Madison vivirá en William Lake y vendrá a verte cada día —dijo—. De momento lo que me ha pedido es que hables conmigo, que te tranquilices… Todo el mundo te va a ayudar, puedes estar segura. ¿Por qué no salimos a dar un paseo un momento? Tienes la suerte de que esta casa esté situada a la orilla del mar. Ver el océano es algo que calma los nervios a cualquiera, ¿sabes?

En cierto modo la trataba como a una niña, pero su instinto le decía que ése era el único método eficaz. Jane se puso en pie y le acompañó a través de las enormes habitaciones inhabitadas, aquellas habitaciones donde los muebles eran mudos testigos de otro tiempo.

Dan tuvo entonces la extraña sensación de que, a la luz cruda del día, veía aquel enorme vestíbulo por primera vez. Le pareció como si en las otras ocasiones hubiera estado allí de paso, sin fijarse en nada, mientras que ahora lo veía todo con nítida claridad, igual que en una inmensa fotografía. Fue igual que un raro descubrimiento, como si se encontrase en un mundo desconocido por primera vez.

Vio las solemnes escaleras de piedra que llevaban por aquel lado al piso superior, y que estaban adornados con grandes cuadros de los Kachemir. La historia de la familia estaba allí a través de más de doce personajes, desde el primer Kachemir que se estableció en Florida, a la vuelta de la India, hasta el actual dueño de la casa, Uno de los cuadros representaba a un muchacho joven, de aspecto agradable, que llevaba la toga y el birrete de los recién licenciados en alguna Universidad. El pintor había logrado dar a aquellos ojos una expresión tan viva, tan llena de fuerza, que parecía como si aquel joven fuese a salir del cuadro y a ponerse a andar de un momento a otro.

Un silencioso y discreto criado, que llevaba una bandeja de plata con copas, pasaba en aquel momento junto a ellos. Dan le detuvo.

—¿Quién es aquél? —preguntó.

—Patrick Kachemir, el hijo del señor Ronald de su primer matrimonio.

—¿El asesinado?

—Sí, señor, el asesinado. Mc parece que es el único cuadro de él que existe.

Dan se dio cuenta de que Jane miraba aquel cuadro fijamente, con una fijeza casi obsesionante. ¿Qué comunicación podía haber entre aquel hombre muerto, que ya era historia, y la muchacha que nació el mismo día, quizá también en el mismo minuto y el mismo segundo? ¿Qué misterio flotaba entre los dos? ¿Qué había en aquella mirada?

El criado preguntó:

—¿Algo más, señor?

—Nada, gracias.

Los dos quedaron solos, mirando los cuadros otra vez. Dan los analizó uno a uno, fijándose especialmente en el viejo Kachemir. A su lado estaba el retrato de una mujer bastante bonita, que debía ser su primera esposa. Y al lado de ésta el retrato de otra mujer de similar edad, guapa y elegante, que tenía una expresión alegre. Dan se fijó una y otra vez en aquel rostro mientras se preguntaba: ¿A quién me recuerda?

Pero no le recordaba a nadie concretamente, o al menos en este momento no lo podía precisar. Se encogió de hombros. Mientras tanto, dijo a la muchacha:

—¿Por qué no salimos?

El estruendo del mar resultaba casi ensordecedor, mientras las olas rompían contra los cimientos de la casa. Jane Donovan miró aquello como fascinada, como si se preguntara qué había detrás y como si en aquel estruendo oyera voces que le estaban hablando.

Dan se dio cuenta de que Madison ya no estaba allí. Los técnicos en huellas trabajaban en silencio y había momentos en que parecían fantasmas. Una solemne paz lo invadía todo, como si ya no existiese el miedo ni existiera el crimen.

Jane dijo entonces con voz sorda:

—No puedo estar aquí. Me vuelvo a mí habitación otra vez.

Dan no se atrevió a retenerla, porque se daba cuenta de que la muchacha estaba muy nerviosa. Vio cómo se alejaba y cómo se metía en la casa. Luego Dan se sentó en uno de los bancos desde los que se podía mirar el mar mientras susurraba:

—¡Cuánto trabajo!…

Estuvo así mucho tiempo, no supo cuánto, mientras pensaba que

los contribuyentes no le pagaban lo mucho que se estaba matando. Luego volvió a la casa para despedirse al menos de Ronald Kachemir.

Y entonces tuvo aquella sorpresa casi alucinante, entonces vio aquella escena aberrante que no supo comprender. Jane Donovan, presa de un ataque de ira, estaba en las escaleras de piedra que llevaban al piso superior. Y sus manos hacían algo increíble, algo que no tenía sentido.

Sus manos enarbolaban un hacha.

Y la muchacha destrozaba a golpes, entre sollozos convulsos, el enorme cuadro de Ronald Kachemir.

CAPÍTULO IX

Dan estaba todavía bajo los efectos de aquella visión inexplicable cuando se metió en el coche patrulla y se quedó dormido mientras le conducían a la jefatura de Policía de la población de William Lake, a la que él servía con tanto entusiasmo y con tanto desvelo. Una vez allí sacó un café, en esta ocasión con una moneda auténtica, y lo bebió sin azúcar mientras tenía la mirada perdida en el techo. Sus ojos se entrecerraron porque el café también le daba sueño. Era el colmo.

Uno de sus hombres sacudió las manos ante él.

—Eh, teniente, anímese, que dentro de media hora pagan.

Fue lo único que consiguió sacarle de su profundo sopor. Luego Dan apoyó los codos en la mesa y pidió:

—Quiero que me traigan el atestado de Patrick Kachemir. Todos los datos de su muerte.

La carpeta era voluminosa, pero él no la había visto nunca. Correspondía a una época de su vida —cuando tenía unos diez años — en que aún no se le había ocurrido pensar que iba a terminar sus días como polizonte. Vio ante todo unas fotografías *post mortem* del joven, y se dio cuenta de un detalle macabro y que le produjo una crispación en la garganta: había sido asesinado con un hacha.

Poco a poco sus ojos revisaron todos aquellos folios ya amarillentos, ya comidos por el olvido pese a que sólo habían transcurrido veinte años. Conoció las circunstancias del inexplicable crimen, las investigaciones, los dictámenes forenses, todo… Pero después de leerlo quedaba claramente una cosa en pie, y era ésta: del asesino no existía el menor rastro.

Tampoco se adivinaban los motivos.

Patrick había sido un joven estudioso y serio que no tenía enemigos. No se le conocían novias ni líos de faldas. Seguramente había tenido alguna aventurilla, pero sin demasiada importancia y

sin fomentar odios. Era el clásico muchacho en el que no hay motivo para que nadie lo asesine jamás.

Pero existía un dato.

Un dato solamente.

Dan se levantó de la mesa, se sirvió otra taza de café y se puso un cigarrillo en los labios, aunque lo fumó sin ganas. Aquel detalle en el que nadie había reparado veinte años antes y que ahora le había llamado tanto la atención, daba vueltas y más vueltas en su cabeza.

Atravesó las tranquilas y elegantes calles de William Lake, mientras la gente se preguntaba por qué especie de milagro su ilustre jefe de policía se estaba tomando tanto trabajo. Porque verle atravesar las calles con un paso tan vivo y unos ojos tan abiertos, era motivo como para celebrar una especie de fiesta nacional.

Dan se coló en las oficinas de Rambley, el notario de la ciudad. Rambley era un tipo ya muy cascado, con ojos de galápago, que arañaba los legajos de su despacho como una rata arañaría el papel antes de empezar a roerlo.

—¡Pero qué sorpresa, teniente! —dijo—. ¿Usted a estas horas por aquí? ¿Por qué se ha tomado la molestia?

—¿Y qué quería que hiciese?

—Hombre… Bastaba con que me telefonease y yo mismo hubiera ido a verle a la cama.

Dan encajó la directísima. Luego musitó:

—Ya sé que me mato de trabajar, pero es que las circunstancias lo exigen. Quiero ver el testamento de Alexander Kachemir.

—Alexander… ¿Se refiere al padre de Ronald, el actual jefe de la familia?

—Sí.

—¿Y por qué quiere verlo?

—A causa de una investigación.

—¿Sabe que ese documento sólo pueden pedírmelo los herederos, y que usted necesitaría una autorización judicial? En fin, de todos modos no tiene importancia. Un documento tan antiguo se lo puedo enseñar; espere a ver si lo desentierro.

Estuvo buscando bastante rato entre viejos papeles que ya debían llevar muertos allí desde el principio del tiempo. Al fin puso unos amarillentos folios sobre la mesa y preguntó:

—Bueno, aquí está. ¿Qué quiere saber?

—Sencillamente, a quién nombró heredero Alexander, el abuelo.

—Supongo que a su hijo Ronald. Es natural, ¿no? Yo tengo mala memoria para esas cosas, sobre todo porque la notaría no estaba entonces a mí cargo. ¡Han pasado tantos años!… ¿Qué le hace pensar que el heredero no fuese Ronald?

—La declaración de un testigo que fue tomada hace veinte años —dijo Dan—, y en la que entonces nadie se fijó. Quizá sea una tontería, pero quiero averiguar eso.

—Claro que es una perfecta tontería. A ver… A ver… ¡Diablos!

—¿Qué pasa?

—¿Sabe que tiene razón, Dan?

—¿El heredero no es Ronald Kachemir?

—No. El heredero de todo es el nieto del difunto, es decir Patrick, el muchacho que fue asesinado. Por lo visto, el viejo Alexander no se llevaba entonces bien con su hijo Ronald y le desheredó, dejándole solamente la parte legal que no podía quitarle, eso que llaman la «legítima». El dueño de todos los bienes de los Kachemir fue Patrick, y en sustitución de él se designaba a su padre. El viejo Alexander debió pensar que Ronald no entraría nunca en posesión de la herencia, puesto que lógicamente su hijo Patrick tenía que vivir mucho más que él. Pero… pero ya ve… Lo que son las cosas.

El notario parecía alelado, sin saber qué pensar. Arañaba los amarillentos folios con sus deditos de rata. Luego miró las facciones de Dan, que también se habían vuelto amarillentas.

—Oiga, ¿qué está pensando? —farfulló.

—Simplemente que todas las policías del mundo se hacen una pregunta que es una pregunta de oro: ¿a quién beneficia un crimen?

—Lógicamente ese crimen beneficiaba a Ronald Kachemir, que así heredaba a su hijo y se convertía en jefe de la familia, pero oiga… ¡oiga, maldita sea! ¡Usted se ha vuelto loco!

—Tiene razón —musitó Dan—. Los hijos matan a los padres, pero los padres no matan a los hijos, y menos con un hacha.

—No… no me gusta que hable así. Ni mencionarlo.

—A mí tampoco me gusta, pero en la vida de un policía uno se da cuenta de que acaba por no gustarle casi nada: ni su propio nombre.

Se puso en pie. Anduvo con pasos inseguros sobre la elegante moqueta, pese a que era un atleta que hubiera debido ir con paso firme por la vida. Pero ahora sus fuerzas se habían hundido, como si todo en él estuviera a punto de derrumbarse.

Hay cosas tan monstruosas que uno no quisiera creer en ellas. Pero esas cosas monstruosas están ahí y nos hacen guiños desde el espacio. No podemos ignorarlas.

—Adiós, notario —dijo—. Un día de éstos vendré a hacer testamento, ¿sabe? Quiero dejar a mis herederos una cosa.

—¿Qué cosa?

—Un ligue que tengo.

Y salió de allí, pero nuevamente tropezó dos veces con un mueble. Y eso que ahora no tenía sueño.

CAPÍTULO X

El criado dejó una bandeja con cuidado, depositó las copas y miró en torno suyo con desconfianza. Luego consultó su reloj, para darse cuenta de que eran exactamente las doce de la noche.

No hubiera necesitado comprobar nada. Los diez relojes de carrillón que había en Kachemir House, todos perfectamente puestos a punto, empezaron a sonar a la vez, como las campanas de una catedral. Durante un largo minuto todas las ventanas, todos los muebles, todas las sombras vibraron con aquel sonido que parecía surgir de lo más profundo de las entrañas de la casa.

El criado sintió que unas gotitas de sudor empezaban a perlar su frente. Nunca se había sentido a gusto en Kachemir House, y hasta ansiaba dejar aquel empleo, pero reconocía que había poco trabajo, y le pagaban bien. Pero ahora las cosas estaban cambiando, ahora había ocurrido algo que le obligaba a tomar una decisión.

La cosa era sencilla.

TENÍA MIEDO.

Después de lo que había visto, cualquier cosa podía suceder. Por lo tanto fue a su habitación, se cercioró de que nadie le observaba —puesto que los otros sirvientes ya dormían— y cambió sus zapatos por unas zapatillas de fieltro que no hacían el menor ruido al andar. Luego volvió a salir.

Se movía como un fantasma.

Llegó a la cocina, junto a la enorme nevera y la enorme despensa. Las ventanas daban a un tejadillo bajo en el que había unos canalones de desagüe. Allí, adosado a la pared, estaba un teléfono desde el cual podría llamar sin que nadie le interrumpiese.

Consultó la guía telefónica y marcó el número de la policía. Le dijeron que el teniente Dan no estaba a aquella hora, y que seguramente lo encontraría durmiendo en su casa. Le dieron el número y él lo marcó también.

La voz somnolienta de Dan le contestó al cabo de unos instantes.

—Dígame… ¿Qué pasa? ¿Éstas son horas de venir a cobrar facturas?

—No intento cobrar ninguna factura, teniente. Me llamo Oswald y soy uno de los sirvientes de los Kachemir.

—Oswald… No lo recuerdo.

—Esta mañana me ha preguntado usted no sé qué mientras yo pasaba con una bandeja. Usted estaba mirando los cuadros con esa chica.

—Ah, sí… ¿Qué hace Jane?

—Está encerrada en su habitación y no sale de allí. Supongo que descansa, aunque yo quería hablarle de otra cosa.

—¿De qué?

—En esta casa están ocurriendo cosas muy extrañas.

—Y tan extrañas, Oswald.

—Esa muchacha que no sé de qué rincón del infierno ha salido, la tal Jane Donovan, ha hecho una verdadera salvajada con una pequeña hacha de las de partir leña. Ha destrozado gran parte del cuadro del señor Ronald Kachemir. Y seguramente usted no sabe de quién era ese cuadro. Había sido pintado por Wrangel. Vale una fortuna… o la valía…

—Ya he visto antes eso, Oswald, pero no me he atrevido a decir nada. No sé qué le ocurre a esa chica, pero hay que hacerse cargo de que hasta hace poco estaba internada en una clínica psiquiátrica.

—¿No la va a detener?

—Mañana decidiré lo que debo hacer, Oswald, pero supongo que no me llama a medianoche sólo para preguntarme eso.

—No, claro que no. Es que ha ocurrido una cosa muy extraña con otro cuadro.

—¿Qué cuadro?

—El de Loretta Kachemir.

—¿Quién es Loretta Kachemir?

—Diga mejor quién era. Se trataba de la única hermana del señor Ronald, la cual murió soltera hace bastantes años.

—¿Y qué ha pasado con ese cuadro?

—Le han destrozado la cara.

—¿Jane también?

—Eso no lo sé. Lo he visto cuando ya todo estaba hecho y… En

fin, es algo que hiela la sangre, no sé cómo explicarlo. Venga mañana por la mañana y mírelo todo, teniente, pero no falte… Yo me pienso despedir de aquí, a pesar de que pagan bien. Le juro que ya no puedo aguantarlo…

—Lo comprendo muy bien. En esa casa hay algo que la hace parecer una mansión del horror.

—Y eso que usted no pasa las noches aquí. No sé explicarlo. En fin… ¿vendrá mañana?

—Seguro —dijo Dan—. A primera hora. En fin… espero despertarme.

Y colgó.

Oswald hizo lo propio y se volvió poco a poco. Otra vez notaba aquellas gotitas frías en sus sienes. Miró en torno suyo la cocina demasiado blanca, demasiado aséptica, que tenía un no sé qué de depósito de cadáveres.

Se estremeció.

Mirando nuevamente su reloj, se prometió a sí mismo que aquélla iba a ser la última noche que pasara allí. Empezó a descender por unas escaleras auxiliares que llevaban al resto de la zona de servicio.

Y de pronto lo pensó.

Sus ojos se iluminaron. ¡Claro! Ahora comprendía por qué habían quitado aquel retrato. Y comprendía quién lo había hecho. ¡Pero si bastaba verlos! ¡Si estaba todo clarísimo! ¡Comprendía perfectamente la causa!

Volvió sobre sus pasos y decidió llamar otra vez al teniente Dan. No hacía el menor ruido, puesto que llevaba zapatillas. Se dirigió hacia el blanco aparato pegado a la pared y puso la mano en él.

De pronto sus dedos se crisparon.

Hubo un chirrido en sus dientes.

Porque la cara ESTABA ALLI.

La cara que podía explicarlo lodo.

Y las manos trémulas.

Y el hacha…

Oswald apenas pudo lanzar un gemido, mientras intentaba saltar hacia atrás. Pero ya no lo quedó tiempo. Bruscamente el hacha osciló sobre su cabeza.

Fue como un rayo.

El golpe salvaje resonó en toda la cocina, pero nadie lo oyó fuera de ella. La cabeza de Oswald se abrió en dos. Pareció estallar.

Luego se oyó en el recinto una risita silenciosa, una risita casi demoníaca.

¿Una risita que surgía de la garganta de una mujer?

¿O quizá de alguien que, a pesar de todo, era un hombre?…

CAPÍTULO XI

Dan llegó a la mañana siguiente con una sorprendente puntualidad, y todavía frotándose los ojos a causa del sueño, fue hacia la casa. Vio que un jardinero ya empezaba a arreglar el césped cerca de ella y a poca distancia de un mar que ahora volvía a estar del todo en calma.

El jardinero conocía a Dan.

—Sola, teniente… ¡Pero qué temprano viene usted! ¡Qué sorpresa!

—Eso digo yo. No podré resistirlo mucho tiempo porque este trajín va a acabar conmigo.

—Tómeselo con calma, teniente. Después de esto, un par de años de vacaciones para reponer energías y vuelta a empezar. ¿A quién busca?

—Quiero hablar con un criado llamado Oswald.

—Ah, Oswald… Sí. Como es uno de los últimos en acostarse, entra también de servicio más tarde, pero ahora ya debe andar por ahí. Los demás siguen en sus habitaciones. Oiga, el pobre señor Ronald está hecho una momia.

—No es para menos. Tuvo dos hijos y los dos han muerto. Uno se pregunta a veces para qué cuerno le sirve ser rico.

—Para menos de lo que la gente cree. Y es que en la vida todo está compensado, oiga… Usted tiene a cada desgraciado que apenas come caliente una vez a la semana y lo ve tan feliz rodeado de su familia, su perro y hasta de alguna vecina a la que meter mano de vez en cuando. Usted tiene a Kachemir y se lo comen a impuestos y encima tiene que vivir rodeado de tumbas. ¡Al cuerno! ¿Sabe qué le digo? Que no me cambio por él ni aunque además pongan a una señora estupenda en mi cama. En fin… ¿a qué ha venido? ¿Sólo quiere ver a Oswald?

—También hablaré con Jane, pero más tarde.

—Jane… Qué tía, ¿eh? Está… está…

—Está loca —dijo desabridamente Dan, porque le molestaba, sin saber por qué, que alguien elogiase las cualidades físicas de la joven igual que si ésta fuese una yegua lista para el mercado.

Y fue a entrar.

—Menos mal que todo está tranquilo —dijo mientras daba un paso—. Menos mal que esta mañana todo respira paz. Ni crímenes, ni sangre…

Y entonces sucedió aquella cosa inexplicable.

Aquella cosa horrible.

La gota de sangre llegó a través del aire.

Llovió del cielo.

Y se aplastó sobre la cara del jardinero con un «cloc» siniestro y sordo.

* * *

Mientras el hombre lanzaba un gemido gutural al sentir aquella cosa pastosa cerca de su boca, Dan miró perplejo hacia el aire. Nunca se había encontrado en una situación así, nunca había visto algo tan absurdo, tan increíble y tan espantoso a la vez.

Porque era cierto. ¡LLOVÍA SANGRE!

Pero al elevar la mirada se dio cuenta de que la sangre procedía de un punto muy concreto: del canalón de desagüe que corría por encima de sus cabezas.

Dan bisbiseó:

—¿Adónde dan esas ventanas?

—A la cocina, pero… ¡pero oiga!

—¿Por dónde se puede subir al tejado?

—Hay una escalera de servicio tras esa puerta. Es… ¡escuche!

Pero Dan no oía nada. Ya estaba sabiendo como un gamo. Le bastó medio minuto para saltar por una claraboya y descolgarse hasta el tejado.

Una vez allí vio al hombre tendido en la vertiente, casi junto al canalón de desagüe. Tenía la cabeza espantosamente hendida y la sangre se había coagulado formando una masa espesa, pero de la que aún se desprendían algunas gotas de tarde en tarde. Aquel cuadro era tan macabro que el propio Dan sintió que se le nublaba la vista. Retrocedió poco a poco.

Porque no necesitaba preguntar el nombre del cadáver. Porque

sabía muy bien que era Oswald.

Y que el hacha que liquidó a Lorna Kachemir había vuelto a actuar otra vez.

CAPÍTULO XII

Johnson, técnico en huellas, miró muy bien la cocina y dijo con expresión aburrida:

—Seguro que todo esto se manchó de sangre, pero el asesino lo limpió después cuidadosamente, aprovechando la circunstancia de que tenía materiales a mano y además estaba solo. Mírelo: los paquetes de detergente están casi vacíos. Por supuesto que necesitó también unos paños, pero luego los debió atrojar al agua. No resulta difícil hacerlo desde cualquiera de estas ventanas. Y luego es seguro que los encontraremos, teniente, porque el mar los devolverá, pero no habrá en ellos una maldita huella.

Dan asintió.

Miraba en torno suyo, pero sin encontrar una base, un respaldo que le permitiera obtener alguna conclusión. Se daba cuenta de que lo que Johnson decía era verdad, y eso significaba que las investigaciones no podían avanzar en ningún sentido.

—Hay que encontrar el hacha —dijo al cabo de unos instantes.

—La hemos buscado por todas partes, teniente —dijo el sargento de servicio—. No hay ni rastro, ¿sabe? Claro que la casa es enorme y resulta difícil de registrar, pero pienso que tiene que estar fuera de estos muros. En algunos puntos incluso hemos trabajado con detectores de metales como los que se usan en los aeropuertos.

Dan chascó dos dedos.

—No la encontraréis aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Porque está en un lugar completamente distinto. Está en el mar. Seguro. El asesino la ha depositado entre dos rocas, de forma que las aguas la cubran pero el oleaje no se la lleve. Cuando le conviene, la saca y en paz. En pocos días no van a sufrir absolutamente nada ni el mango ni la hoja.

El sargento gruñó:

—Es verdad, no lo había pensado. Pondré enseguida a unos cuantos hombres a investigar cerca de esas rocas.

—De todos modos tampoco encontraremos huellas —barbotó Dan, con la cara crispada—. Hallar el hacha es importante, pero no decisivo.

Y bajó. El resto de los sirvientes estaban encerrados en sus habitaciones, pues no se les había permitido salir. Un clima de horror, de misterio, casi de pesadilla, flotaba en la casa.

Dan llegó al vestíbulo principal.

Y entonces vio lo que le habían dicho de los cuadros. Uno de ellos, el del dueño de la casa, estaba dañado en eran parte, hasta la altura a que había podido llegar el filo del hacha. Otro, el de la mujer llamada Loretta Kachemir, tenía completamente arrancado el rostro. Alguien había utilizado una banqueta o una escalera para llegar hasta aquella altura.

El mayordomo se acercó pausadamente a él.

Andaba también con el silencio de un fantasma.

—¿Se da cuenta, teniente? —farfulló—. ¡Qué salvajada!

—El retrato del señor Kachemir lo destruyó en parte esa muchacha, pero hay que disculparla porque está loca —dijo Dan, en voz baja—. En cambio, lo de la otro pintura parece algo más consciente, más serio. ¿Quién pudo hacer una cosa así?

—Locos estamos todos —dijo el mayordomo—, y no sólo esa muchacha que no se sabe de dónde llegó. Lo único que le aseguro es que me voy a marchar de esta casa. Llevo veinticinco años en ella, pero no aguanto ni un minuto más aquí.

—¿Lleva veinticinco años aquí? Por lo tanto, ¿conoció a Patrick?

—Naturalmente. Incluso a veces boxeábamos uno contra el otro. Yo era joven y fuerte entonces, ¿sabe? Tan joven y fuerte como él.

—¿Sabía que Patrick era el auténtico dueño de la casa y no su padre?

—Yo sí que lo sabía, aunque los otros sirvientes lo ignoraban No era para ir explicando por ahí las desavenencias que habían existido entre el señor Ronald y su padre, el señor Alexander. Al señor Ronald le sabía muy mal que le hubieran desheredado, pero se aguantaba. Algunas veces discutió con Patrick por esa causa.

—¿Discutían? ¿En qué sentido?

—Bueno, por pequeños detalles. Por ejemplo, Patrick quería

edificar una casa más moderna en los terrenos que hay libres junto a este edificio, y su padre alegaba que eso rompería la armonía del paisaje y que costaría demasiado dinero. Patrick alegaba que tenían dinero más que suficiente y que además, en último extremo, era suyo, e modo que podía hacer lo que quisiera.

—O sea que en ese aspecto no se llevaban del todo bien.

—Tampoco se llevaban del todo mal… No sé qué decirle.

Dan ya tenía bastante. Poco a poco se había ido formando en su cerebro una convicción amarga, casi monstruosa, una convicción a la que no quería dar paso, pero que se iba metiendo más y más en su interior. Una voz a la que no quería escuchar le estaba diciendo que Ronald Kachemir, por cuestión de intereses, había matado a su propio hijo.

¿Y a su propia hija también, veinte años más tarde?

No, todo aquello era demasiado monstruoso. No tenía sentido. Si había que creer semejantes monstruosidades, más valía renunciar a toda idea de convivencia y dignidad, más valía irse a una isla desierta donde uno pudiera practicar la actividad que no hace daño a nadie: dormir.

Se metió en la habitación de Jane Donovan.

Y entonces la vio vestida muy sumariamente, puesto que la chica no llevaba más que unos elementales *shorts* y unos sujetadores, pese a que en la casa hacía frío. De todos modos. Jane no lo notaba, porque estaba sometida a una especie de febril actividad.

Cuando él entró, estaba rasgando materialmente con un abrecartas una fotografía que aparecía en una de las páginas interiores de una vieja revista. Su boca estaba crispada y denotaba una sorda furia, un inextinguible odio. Los ojos casi se le salían de las órbitas mientras rasgaba aquella fotografía una y otra vez.

Dan inmovilizó la derecha de la muchacha. Ella alzó la cabeza y le miró con sorpresa, con una especie de profunda desesperación. Mientras tensaba todos los músculos de su joven cuerpo —donde había tanta fuerza como en el de un hombre— gritó:

—¡Déjame!

A otro hombre menos fuerte que Dan quizá le hubiera sorprendido con la violencia de su movimiento, pero a él no le pilló por sorpresa. Hizo una llave a Jane, la dobló materialmente en sus brazos y la arrojó a la cama como un fardo.

La chica quedó allí, respirando entrecortadamente, mostrándole sus formas generosas. De pronto toda su fuerza parecía haberse hundido y parecía a punto de echarse a llorar. Dan se dio cuenta de que ella sufría un tormento que una persona normal no podía imaginar, un tormento que estaba más allá de la vida y de la muerte.

—Calma —recomendó—. Calma… Nadie va a hacerte daño. No sé si te has dado cuenta, pero lo único que queremos todos es ayudarte.

Y miró de soslayo la fotografía que ella había estado rasgando. Era la de una revista de buena sociedad en la que aparecía Ronald Kachemir, el actual dueño de la casa, con uno de sus perros favoritos. El perro estaba intacto, pero la cara del hombre había sido materialmente destruida.

Dan sintió frío en los huesos.

¿Era posible aquel odio?

¿Y por qué?

—¿Fumas? —preguntó a Jane, queriendo fingir calma.

—Muy poco.

—Toma. De todos modos, quizás un cigarrillo te siente bien. Al menos te obligará a estar pendiente de algo.

Ella lo aceptó y fumó en silencio. Su cuerpo sano y torneado se mostraba espléndido a la luz, pero por una vez Dan no miraba aquel cuerpo, sino que trataba de penetrar en los misterios de aquel cerebro. Y se horrorizaba ante lo que estaba adivinando.

—¿Por qué lo has hecho? —musitó, señalando la fotografía.

—Le odio.

—No existe motivo. Antes de llegar aquí, tú no le conocías. ¿O quizá sí que le conocías?

—No, no lo había visto nunca.

—¿Pues por qué viniste a esta casa?

—Fue una fuerza interior.

—¿Qué clase de fuerza interior?

—Algo que había sentido desde niña.

Dan tuvo que dominar un estremecimiento otra vez. Algo que ella había sentido desde, niña. Nuevamente el misterio y el horror estaban ante sus ojos, adquiriendo límites insondables.

Pero intentó calmarse y mirarlo todo de una manera fría y

científica, si es que eso era posible.

—De todos modos, estábamos hablando de que tú no conocías a Ronald Kachemir cuando llegaste aquí —dijo—. Y hemos de reconocer que, una vez llegaste, te trató muy bien. En lugar de llamar a la policía, puesto que eras una muchacha que se había escapado de un centro psiquiátrico, te acogió en su casa y te dio habitación y comida. No tienes motivos para odiarle, sino al contrario.

Ella se mantuvo obstinadamente en silencio. Su mirada se había perdido en la ventana, donde parecía ver sombras inquietantes, porque no apartaba la vista de allí. Dan retiró los restos del cigarrillo de entre sus dedos, que parecían muertos.

—¿Por qué le odias? —insistió—. ¿Por qué?

—No podría dar una explicación.

—¿También es una fuerza ajena a ti, Jane?

—Yo diría que sí.

—¿Y también la sientes desde niña?

—Sí.

Dan cerró un momento los ojos.

Le hubiera gustado no seguir interrogando, olvidar aquello e irse bien lejos, pero era su caso, era su investigación y no podía. Bruscamente pasaron por su mente cien historias de mujeres poseídas por el diablo, pero este caso era muy distinto. Jane Donovan no estaba poseída por el diablo, sino por alguien menos complicado: por Patrick Kachemir, muerto asesinado veinte años atrás.

Ahora no le quedaba ya más remedio que admitir aquel hecho terrible. Jane Donovan ERA Patrick Kachemir. Y a través del cerebro, a través de las manos de aquella mujer… Patrick Kachemir quería vengarse ¡Quería derramar sangre desde el otro lado del Más Allá!

—Voy a tener que tomar una decisión contigo —dijo el teniente con voz opaca.

—¿Qué… qué decisión?

—Te irás de aquí.

—¿Adónde?

—Volverás al centro psiquiátrico.

A Dan le molestaba tener que tomar aquella decisión, porque la

muchacha se hundiría al volver a su antiguo ambiente, pero mucho peor era estar allí de brazos cruzados, esperando que cometiera un crimen. Y el crimen era algo inevitable, algo que se veía venir.

—No quiero volver allí —musitó ella.

—Te aseguro que no va a ser tan malo. Te irás con Madison.

—Aun así, no quiero volver.

—¿Por qué?

—Tengo miedo…

La voz había sonado lenta, profunda. Surgía de lo más hondo del corazón de la muchacha, que se retorcía los dedos con una especie de desesperación.

Era verdad que tenía miedo. Ella se daba cuenta del horror que anidaba en su interior y ELLA SUFRÍA. Dan se dio cuenta con angustia de las razones por las que Jane había mirado a la ventana tan obstinadamente: porque estaba calculando si se mataría al lanzarse por ella.

Eso le hizo ver una segunda posibilidad, todavía más dramática que la primera. Si la muchacha no mataba a Ronald Kachemir, acabaría suicidándose para librarse de su pesadilla. Porque quizás en este momento ella sentía miedo y asco de sí misma.

De una forma confusa recordó la enorme cantidad de suicidas que se da entre los locos y especialmente entre los que se creen poseídos por otro ser. Llega un desesperado momento en que saben que el único sistema para librarse de ese otro ser es la muerte.

—Más vale que nos vayamos cuanto antes —dijo.

Intentó decírselo casi con cariño, pero ella se replegó en la cama. Bruscamente parecía una fierecilla a punto de saltar. Sus líneas armoniosas, jóvenes, tensas, parecían de pronto no hechas para el amor, sino para la violencia. Los dientes de la preciosa muñeca chirriaron cuando ella dijo:

—Nadie me obligará a volver…

Y saltó sobre Dan cuando éste iba a sujetarla. Intentó llegar a la puerta con la velocidad de una gacela.

Dan la sujetó en el aire. Esta vez no estaba medio dormido y además tenía la fuerza de un toro. Sus brazos inmovilizaron los de la chica, que gimió bruscamente. La hizo volverse e intentó sujetarla mejor.

Pero Jane se revolvió con tal fuerza que volvió a girar de cara a

él, esquivando la llave que Dan pretendía hacerle. Con todas sus fuerzas intentó proyectarle contra la pared para quedar libre.

Fue inútil. Dan era demasiado fuerte para eso. Los dos se encontraron de nuevo frente a frente en aquel silencio cómplice.

Y entonces Dan sintió aquella especie de locura, aquella especie de vértigo. No supo por qué lo hacía. El ansia brotó de su interior. Sus labios buscaron los de la muchacha. Sus bocas se juntaron.

Fue un beso tenso, casi doloroso.

Fue como si una fuerza de la Naturaleza se desatara en él, como si su voluntad se paralizara, como si sólo su instinto le llevase hasta Jane Donovan. De pronto se encontró besándola en la boca, en el cuello, en la cara, mientras ella dejaba de luchar, mientras Jane, de pronto, se rendía y prorrumpía en sollozos.

Dan la dejó poco a poco.

Y miró al fondo de los ojos de la chica, donde quizá había un poco de consuelo, un poco de gratitud, como si pensara que por primera vez alguien la había considerado de verdad una mujer y no una especie de animal potencialmente peligroso al que se tenía que vigilar. En cuanto a Dan, él mismo estaba asombrado de lo que había sentido.

No era sólo un deseo físico, sino también una gran dulzura. No era sólo un deseo de poseerla, sino también de protegerla. Y eso hacía aún mucho más difícil lo que tema que decirle, puesto que estaba decidido a que no se quedara allí.

—No te preocupes —mintió—. Puedes estar tranquila.

Y salió de la habitación. Aún le quemaba en los labios aquel beso. De pronto se le había quitado el sueño para toda la semana.

Eso debía significar que estaba muy grave. Dan pensó que a este paso, y si además de matarse con el trabajo se mataba con las mujeres, no viviría mucho tiempo.

CAPÍTULO XIII

Madison estaba junto a un coche alquilado, más allá del linde de los enormes terrenos de los Kachemir. Había cargado una pipa y la estaba fumando pensativamente cuando vio acercarse a Dan. Le hizo un saludo en el que no había, desde luego, la menor alegría.

—Ya me he enterado de que ha habido una tragedia esta noche —fue lo primero que dijo.

—¿Cómo se ha enterado, Madison?

—Maldita sea, no soy tan idiota. He visto una ambulancia que se largaba y he visto los patrulleros en el camino. Pero tiene usted suerte, Dan, una suerte en la que no sé si ha pensado todavía.

—¿Qué suerte?

—Que en William Lake no se edita ningún periódico ni hay emisoras de radio. Y que ni en Tampa ni en Miami se han enterado todavía de lo que pasa aquí, pero en cuanto se enteren va usted aviado. Esto se le va a llenar de periodistas y de fotógrafos que no le dejarán vivir. ¿Cuánto cree que va a durar esta relativa calma?

—No me hago ilusiones —dijo Dan.

—A veces es encantador ser el jefe de policía de un condado apacible como éste. No es fácil que uno llegue a codearse con los senadores de Washington, pero a cambio de eso tiene mucho mejor aspecto el día en que se muere. ¿Puedo saber exactamente quién ha sido el fiambre?

—Un criado llamado Oswald —susurró Dan—. No hay motivo para que lo oculte.

—¿Por qué lo han matado?

—No lo sé. Imagino que porque ha visto quién destruía uno de los cuadros y el asesino ha pensado que no convenía dejarle hablar.

—¿Pero qué tiene que ver lo de los cuadros? ¿Por qué esa importancia?

—Si lo supiera, quizá habría adelantado unos cuantos pasos —

dijo Dan—, pero desgraciadamente esos pasos no los he podido dar.

—Le veo preocupado, teniente.

—Lo estoy. ¿Para qué voy a negarlo?

—¿Puedo saber por qué?

—Jane.

El nombre había brotado como un suspiro amargo, casi como una maldición en la que él no quisiera creer.

—¿La considera culpable? —Preguntó Madison, que ya había dejado apagar su pipa—. ¿Se da cuenta de que sólo pensar eso es una monstruosidad?

—¿Y por qué demonios cree que tengo esta cara?

De pronto Dan clavó sus ojos en los del médico. Decir aquello le causó dolor, pero no vaciló al pedirlo.

—Llévesela —dijo—. Supongo que querrá venir con usted, aunque es posible que al principio haga resistencia. Llévesela antes de que cometa de verdad un crimen.

—¿Los otros no los ha cometido ella? —preguntó Madison con una voz opaca, carente de matices.

—No lo sé.

—¿Y qué piensa hacer?

—Por lo pronto lograr que se aleje de aquí, luego ya veremos.

—¿Se da cuenta de que, como sospechosa que es, tiene que retenerla en su poder, teniente, y que si no lo hace incurre en responsabilidad?

—Claro que me doy cuenta, pero también incurro en responsabilidad si la detengo, puesto que no hay pruebas contra ella. No puedo entregarla así al fiscal del distrito, diciendo que me baso en presunciones, en presentimientos, en… ¡en sueños! Se reirá de mi y la dejará en libertad, pero al mismo tiempo sé que Jane Donovan no puede continuar aquí porque entonces cometerá un crimen con absoluta seguridad. Verdaderamente ya lo está preparando.

Madison se apoyó en el capó del coche. Parecía totalmente abrumado por aquella conversación. Hizo unos movimientos maquinales para apretar el tabaco de su pipa, pero en realidad no quería más que calmar sus nervios.

—Es lo más sorprendente que he oído decir a un policía —musitó—. Sabe que alguien prepara un crimen y no lo detiene.

—No puedo.
—¿Por qué no?
—Porque no se puede detener a un muerto.
Madison arqueó una ceja.
—¿Se da cuenta de lo que dice, Dan? —farfulló.
—Jane Donovan no es ella. Es Patrick Kachemir…
—¿Patrick Kachemir? Oiga… Repita ese nombre.
Dan lo repitió. El otro dijo con voz excitada:
—Espere.
Y sacó una cartera de piel que llevaba dentro del coche. De ella extrajo una libreta escolar ya muy antigua y manoseada, una libreta que tenía años y años. Dan leyó en la cubierta, casi con ternura, una línea garrapateada años atrás: «Ejercicios de Escritura de la alumna Jane Donovan».
—Todo esto lo tenía en un «*dossier*» y lo he traído porque podía hacer falta —dijo el médico—. Son las primeras libretas de escritura de Jane. La letra es infantil, claro, pero no ha cambiado mucho. Vea aquí. Vea.
Había un ejercicio completo de escritura, para que las pequeñas alumnas aprendieran a escribir bien su nombre. El encabezamiento decía: «Mi nombre es…». Y debajo la niña había escrito docenas de veces: «Jane Donovan». Pero no siempre. En medio de todo aquello que estaba correcto, había escrito al menos un par de veces:
«Patrick Kachemir».
—Hay que pensar que entonces ella tenía unos cuatro años —musitó Madison—. Jamás había oído el apellido Kachemir ni sabía siquiera dónde estaba Florida.
La pipa se le había caído al suelo y la recogió lentamente. Dan sintió frío en las sienes y se dio cuenta de que estaba sudando, pero con unas gotas de sudor glacial. De aquella posesión auténticamente diabólica que había empezado en el momento de nacer Jane, aquella posesión en la que él no quería creer, tenía ahora una prueba evidente.
Madison parecía tan turbado como él. Musitó:
—Le aseguro que la libreta es auténtica. Pertenece a un organismo del Estado y lleva el año en que fue impresa. Si usted quiere, sus técnicos pueden comparar la letra —que con los años no ha variado tanto— y la antigüedad de la tinta.

—No se preocupe —dijo Dan con voz desmayada—. Sé demasiado bien que todo eso es verdad.

Y apoyándose en el techo del vehículo, dijo con la mirada perdida:

—¿Qué haría usted, Madison?

—¿Hacer? ¿En qué circunstancias?

—Si usted supiera qué persona es la que le ha matado.

El otro se llevó un instante las manos a las sienes.

—Por favor —dijo—, a ver si dejamos de estar locos. Si a mí me hubieran matado, ya no sabría quién lo ha hecho. Es decir, no podría pensarlo.

—Pero imaginémoslo.

—Bueno, puesta la cosa en plan de experiencia… Tal vez sí. Es posible que deseara vengarme.

—Pues eso es lo que está deseando Jane Donovan.

—Pero si a ella no la ha matado nadie…

—A ella, exactamente quizá no, pero sí a Patrick Kachemir. Aunque no se pueda explicar con palabras normales, la cosa viene a ser lo mismo.

Madison se había llevado otra vez las manos a las sienes mientras sus facciones se habían contraído de tanto pensar. Con una voz que no parecía la suya, musitó:

—Hablando siempre como si estuviéramos en el otro mundo, ¿quién mató a Patrick?

—Ronald Kachemir.

—¿Qué dice? ¿Su propio padre?

Dan no contestó. Su mirada seguía perdida en el vacío. Madison dijo entonces, mientras cerraba la cartera:

—Me llevaré a esa chica. Tiene razón.

—Llévesela ahora, Madison, antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo. Habrá que esperar un poco. He de prepararla antes, porque no me la voy a llevar a la fuerza, como comprenderá.

Y añadió con voz pausada, como si se resignara ante lo inevitable:

—Haga que venga aquí. Hablaremos y la convenceré, pera no creo que sea posible llevármela hasta la noche. No es una chica que se deje arrastrar con las primeras palabras.

Dan asintió.

Sentía un hondo y recóndito dolor. Sabía que no iba a ver nunca más a Jane Donovan. Dio un golpe al capó del coche y dijo:

—De acuerdo, se la traeré, pero ¿por qué no va a verla en su mismo ambiente, Madison? ¿Por qué no entra en la casa?

—Porque ella necesita un ambiente neutral. No sé, si usted se ha dado cuenta.

Dan volvió la espalda y se dirigió a Kachemir House. Volvía a sentir como si tuviera un poco de sueño.

Ésa era una buena señal, la señal de que quizá los problemas empezaban a solucionarse.

* * *

La esposa de Ronald Kachemir rodeó la parte más sombría de la casa y escuchó el latido inmenso del mar.

Kathe Kachemir, una de las mujeres más ricas del país, se sintió, sin embargo, la más destrozada y la más perdida mientras miraba los millones de estrellas que tachonaban el horizonte. El rumor del mar, que siempre le había gustado, le parecía ahora agorero y siniestro.

El dolor de haber perdido a su única hija la había abrumado durante horas y horas, pero en estos momentos trataba de pensar en algo más concreto: en el modo de darle una sepultura digna.

Kathe era una mujer a la antigua usanza, pese a tener menos años que Ronald, casado en segundas nupcias con ella. Kathe pensaba que allí, junto a la casa, había un panteón ilustre, y que no debían despreciarlo para enterrar a Lorna en cualquier cementerio vulgar. Por lo tanto había decidido que el sepelio se realizara al día siguiente en el panteón de la familia.

Había otra cosa que aumentaba su angustia, y era el hecho de que el cadáver de Lorna no estuviera en la casa. Los obligados trámites de la autopsia habían obligado a trasladarlo a la Morgue, desde donde sería devuelto a la mañana siguiente, junto con el cuerpo de Oswald. Y ahora Kathe acaba de salir del panteón, después de elegir el mejor sitio para la sepultura de Lorna.

No tenía miedo.

No pensaba en las posesiones satánicas, ni en los espíritus, ni en los fantasmas que pueblan el aire.

La casa era una masa oscura donde no se distinguía apenas nada. De la policía ya no quedaba rastro, aunque era muy posible

que algunos agentes estuvieran vigilando todavía por allí. El silencio era tan absoluto que, de no ser por el rumor del mar, Kathe hubiera tenido la sensación de encontrarse en un féretro.

Avanzó por el sendero.

Más allá estaba la mole gris-negra de la casa.

En el silencio obsesionante, Kathe llegó a oír el rumor de sus propias pisadas, pues ahora hasta el mar estaba quieto.

Dobló la esquina de piedra. Un débil rayo de luna alumbró entonces aquel sector completamente abandonado de la casa.

Y Kathe lo vio.

El hacha.

La cara.

Pero el miedo que sentía se mezcló con el asombro, o quizá el asombro fue incluso lo más fuerte en este terrible momento. Porque ella no miraba el hacha, sino la cara. Porque se dio cuenta de que aquella cara… ¡la había estado viendo siempre!

Claro que no era ya la misma. Claro que la que ella vio no tenía aquellos ojos diabólicos ni aquella piel brillante por la ambición y el odio. Claro que existían diferencias, pero ella hubiese podido jurar que era la misma cara… ¡la misma!

Todavía Kathe era joven y tenía las piernas fuertes. Intentó huir. Saltó hacia atrás, pero los tacones demasiado altos que llevaba la traicionaron. Uno de ellos se rompió bruscamente.

Y entonces Kathe perdió el equilibrio. Cayó al suelo. Desde allí vio la figura que estaba frente a ella y, sobre todo, vio la cara.

Sus ojos se desencajaron de horror.

Sólo pudo barbotar:

—Nooooo…

El sonido fue apenas audible.

Sólo se oyó el hacha, el siniestro cauto del hacha.

La cabeza de la mujer casi quedó partida en dos.

La sangre salpicó la hierba.

Y luego la silueta negra se perdió en el silencio, en la oscuridad plateada de la noche, mientras en sus manos seguía brillando el hacha.

CAPÍTULO XIV

La muchacha subió poco a poco las escaleras de piedra.

A cualquiera que la hubiese visto le habría impresionado no sólo su belleza, sino también la extraña decisión que flotaba en su rostro. Había en sus ojos una lucecita febril, a la vez admirable y dañina. Vestida sólo con unos *blue-jeans* muy ceñidos que modelaban su figura y con un ligero jersey negro, su cuerpo se confundía con las sombras que llenaban la casa.

Solamente algo brillaba en su figura.

El filo del hacha.

Teniendo en sus manos el pesado instrumento, Jane Donovan avanzó poco a poco a través de las habitaciones desiertas. Las luces de las pantallas lejanas lo llenaban todo de contrastes y de sombras. Desde las paredes, los personajes de los viejos cuadros la miraban cuino a una intrusa.

Por fin llegó al despacho. Una luz lejana lo alumbraba. Sobre la mesa había otra luz, pero ésta era muy macilenta. Y tras el respaldo muy alto del asiento distinguía la parte posterior de la inconfundible cabeza de Ronald Kachemir.

Él no la había oído.

Permanecía quieto, hundido en una especie de sueño maldito.

Y la muchacha estaba a su espalda. Era como una sombra vengadora y quieta. El filo del hacha volvió a brillar.

Jane respiró hondamente. Por fuerza él tenía que haberla oído, pues hasta rechinaron sus dientes a causa de la excitación, pero la figura no se movió. Entonces el hacha empezó a alzarse poco a poco.

La hoja emitió un brillo opaco.

Jane ya la tenía alzada sobre su cabeza.

Los músculos estaban tensos.

La boca contraída.

Después de mucho tiempo, después de infinitos años, el cerebro de Ronald Kachemir estaba allí, a su alcance, bajo el filo del hacha. Un solo golpe bastaba para hundirlo en dos. Jane Donovan contuvo la respiración.

Y de pronto descargó el golpe. Con todas sus fuerzas, con todo su horror. El filo del hacha lanzó en la penumbra un destello de muerte.

Y partió el cráneo en dos. Se hundió hasta el mango. Jane lanzó un gemido en el que estaban concentrados su propia desesperación y su propio miedo.

Entonces fue ella la que se hundió.

Soltó el hacha y sus oíos se anegaron en lágrimas. Cayó a tierra sin fuerzas. Sus rodillas se doblaron mientras la boca se le contraía en un espasmo.

Las luces se habían encendido.

Toda la casa había cobrado de pronto una súbita, una siniestra vida.

Piernas de hombres la estaban rodeando.

Se sintió acorralada.

Era el fin de una interminable pesadilla, una pesadilla que había empezado casi veinte años antes. Jane sabía que después de eso sólo estaba la cárcel para siempre, O quizás algo peor. Pero no intentó luchar.

Había llegado a la última frontera de su vida.

Hundió la cabeza pesadamente. Como una muerta.

CAPÍTULO XV

Era el propio Madison quien había encendido las luces. Con voz excitada, en la que palpitaba la amargura, llamó:

—Teniente Dan… ¡Por Dios, ha ocurrido algo horrible! ¡Venga! ¡Venga enseguida, por lo que más quiera!

Los hombres parecieron surgir entonces de todas partes, como si hubieran estado acechando detrás de las paredes. Dan se detuvo ante la muchacha. Un sargento apareció también. Fue en ese momento cuando Jane Donovan tuvo la angustiosa sensación de que las piernas verticales de los hombres la rodeaban por todas partes como los altos barrotes de una celda.

Madison parecía a punto de llorar.

—¿Pero se da cuenta? —balbució—. ¡Ella acaba de matar a Ronald Kachemir! ¡Venía a buscarla para llevármela, como habíamos convenido y…!, ¡mire! ¡Aún tiene el hacha en las manos! ¡Le ha hundido la cabeza!

Pese a lo dramático del momento, pese a que allí imperaba la muerte, las facciones de Dan estaban tranquilas. Miró a la muchacha caída a sus pies y que sollozaba amargamente. Luego reconoció:

—Es cierto. Tiene el hacha en sus manos.

—Sí —dijo oscuramente Madison—. Todos lo estamos viendo.

—Y los técnicos dirán, sin duda —remachó Dan— que es la misma hacha con la que se cometieron los anteriores crímenes. Realmente Jane no tiene salvación. Si por un milagro conserva la vida, es porque de momento no se aplica la pena de muerte en los Estados Unidos.

—¿Hace falta que diga eso? —Barbotó Madison—. Sin duda ella tendrá un buen defensor y la salvarán sus antecedentes psiquiátricos.

—No, no la salvarán. Al fin y al cabo, los manicomios son peores

que las cárceles. Jane irá a una clínica de alta seguridad para delincuentes peligrosos hasta que la saquen de allí en un ataúd. Eso será mucho peor que un penal con reclusión perpetua.

—Haré lo que pueda por ella —dijo Madison—, todo lo que pueda…

—De todos modos no será gran cosa —opinó Dan—. ¿Qué más prueba quiere? El hacha en sus propias manos…

Madison repitió oscuramente, como en un eco:

—Sí…

Y entonces Dan susurró:

—Pero el hacha no está manchada de sangre.

—¿Qué?

De pronto algo cambió. De pronto el aire pareció hacerse más espeso, más denso.

—Eso es lo que estoy diciendo —repitió Dan con la mayor tranquilidad—: que esa chica acaba de partir en dos el cráneo de un hombre y en cambio el filo del hacha, que debía estar chorreando, no se ha manchado de sangre.

Madison contempló el arma y se dio cuenta de la veracidad de aquel hecho asombroso. Hasta entonces no había reparado en ello. Mientras señalaba el filo completamente limpio barbotó:

—Oiga, pero esto es… es…

—Es asombroso, ¿verdad? —preguntó Dan—. O quizá no tanto.

Y derribó el sillón de alto respaldo en el que estaba sentada la víctima, un sillón que sólo dejaba ver la legión occipital del cráneo, tapando todo lo demás.

Lo que todos vieron entonces fue asombroso, increíble, pero el único que no se inmutó fue Dan. Con la mayor naturalidad señaló el maniquí perfectamente hecho, vestido con auténticas ropas de Ronald Kachemir, y cuya cabeza era de materia plastificada y rellena de virutas también de plástico. Al romperse había sonado como un cráneo que se parte, pero sólo había sido eso: un sonido.

Madison dijo, sin creerlo aún:

—Pero… pero oiga…

—¿Qué es lo que he de oír? —preguntó Dan con una amarga sonrisa—. ¿He de oír su confesión, Madison? ¿He de oír que usted cometió todos los crímenes anteriores a éste?…

CAPÍTULO XVI

El doctor Madison quedó en el primer momento tan aterrado que no se atrevió a reaccionar. Luego tuvo la sensación de que Dan había hablado en broma. Por eso, torciendo los labios en una mueca, dijo:

—¿Cree que es el momento de decir tonterías, Dan? ¿No tiene nada mejor en que pensar?

—Desgraciadamente no, Madison. Y esto es lo mejor que he pensado en muchos años, aunque desgraciadamente yo pienso muy poco.

—Pe… ¡pero parece como si estuviera borracho! Oiga… ¿a qué viene esa sospecha absurda?

—Todo lo comprendí después de ver una cara —dijo Dan con aquella misma expresión tranquila y a la vez inflexible.

—¿Qué… qué cara?

—La de su madre, Madison.

—¿Mi… mi madre? ¿Pero qué está diciendo?

—Cierto, Madison… No digo nada que no pueda demostrar. Su verdadero apellido es Madison, porque su padre, un artista guapo y borracho de los años de la posguerra acabó reconociéndolo, pero para no aparecer luego ya nunca más. En cambio, su madre, que lo había tenido de soltera, sí que lo cuidó hasta el día de su muerte. Una mujer que supo amar tanto merecía un mayor respeto a la hora de tratar su retrato, Madison.

El médico estaba sin habla, sin aliento. Su piel se había vuelto de una palidez cerúlea. Mientras movía las manos en un gesto de furor repitió:

—Está rematadamente loco…

—Al ver el retrato de Loretta, la hermana de Ronald Kachemir, pensé enseguida que su cara me recordaba a alguien —siguió diciendo Dan inflexiblemente—, pero no pude concretar aquel recuerdo. Luego me fijé en dos detalles que concordaban: su deseo

de no entrar nunca en la casa, Madison, quizá para que Ronald no le reconociera, y la destrucción de la cara del retrato de Loretta. Eso lo hizo usted, no Jane. Quería que nadie pudiera reconocerle, especialmente yo. Que nadie pudiese darse cuenta, por el asombroso parecido con su madre, de que usted también pertenecía a la familia Kachemir.

La palidez se había hecho más espantosa, más cerúlea en la cara de Madison, pero también su postura se había hecho más agresiva. Sin mirarle para nada, como si hablase con Otro, Dan continuó:

—Éste es el plan más diabólico con que me he encontrado en mi vida y el más diabólico con que seguramente me encontraré, porque se trata de un plan criminal que se ha ido desarrollando lenta e implacablemente a lo largo de veinte años. Usted, Madison, cuando ingresó como médico en el centro psiquiátrico donde ha trabajado hasta hoy, tuvo una idea infernal, la idea de fabricar una «asesina», una víctima que pagara por usted. Su primer paso consistió en matar a Patrick, el poseedor de la fortuna de los Kachemir.

—¡Eso que dice es absurdo! ¡No tiene ninguna prueba! ¡Completamente absurdo, maldita sea! ¡Repito que está loco, loco de atar!

—Puede que sí, porque precisamente de locos entiende usted mucho, doctor Madison. Cuando alguien abandonó en el centro asistencial a una niña que había nacido el mismo día en que Patrick murió, concibió y llevó a cabo la segunda parte de su plan. Empezó a trabajar en la que podría llamarse «la otra cara del infierno». Debería tener veinte años de paciencia, pero una de las fortunas más importantes de los Estados Unidos bien merecía ese sacrificio. Lo primero que hizo fue ocuparse a título personal y exclusivo de la educación de esa niña, cosa que nadie le discutió. Luego le fue inculcando en su mente infantil una serie de cosas, una serie de semillas venenosas que allí habían de fructificar por fuerza. En primer lugar, cuando ella aprendía a escribir, le hizo poner junto a su nombre, varias veces, el de Patrick Kachemir, y luego guardó la libreta. Podía ser una buena prueba en el momento oportuno. En segundo lugar le dijo que ella había vivido aquí, en esta casa de Florida, y que Ronald la había abandonado teniendo muy pocos días. En tercer lugar le enseñó a dibujar los planos de la casa que había dibujado Patrick y que todo el mundo conocía. La educó de

manera que dibujar esos planos fuese para ella una especie de remedio mental, una salida para sus depresiones y sus «tics» nerviosos, pues dibujando se tranquilizaba. Una educación de ese tipo no se consigue en veinte semanas ni siquiera con una muchacha desvalida, pero, pero es fácil conseguirla en veinte años. Durante todo ese tiempo, usted fue metiendo en la cabeza de Jane la idea de que tenía que volver a esta casa y que tenía que castigar a Ronald Kachemir, un hombre capaz de cometer cualquier sucio crimen.

Madison dio un paso hacia atrás. Su voz se hizo espesa, ronca. Los ojos se le salieron casi de las órbitas mientras barbotaba:

—Sigue diciendo incoherencias… No sabe de qué habla… ¡Está loco, loco de atar!

—Cuando por fin dio libertad a la muchacha porque ella ya estaba bastante preparada —continuó inflexiblemente Dan— y convencida de que esta casa había sido su desgracia, Jane vino aquí. Al principio se dedicó a observar este ambiente, porque no dejaba de sorprenderla que un hombre fundamentalmente malo como le habían dicho que era Ronald la hubiese recibido tan bien Pero costumbres del difunto Patrick que usted le había inculcado, como esconderse en un ataúd, no pudo evitarlas cuando las circunstancias favorables se presentaron. De ese modo empezó a funcionar la parte más diabólica de su plan: que todos creyeran que Patrick, con otro cuerpo, HABIA VUELTO.

La propia Jane, que seguía en el suelo, lanzó una especie de grito. Dan continuó con voz metálica:

—Por supuesto que usted, Madison, tenía que precipitar su cadena de crímenes aprovechando el que Jane estuviera aquí, porque ella debía aparecer como culpable. Mató a Lorna, la heredera directa de Ronald Kachemir, y a partir de ese momento la policía puede decirse que, por razones de seguridad, acordonó la zona. La muchacha ya no tenía posibilidades de escabullirse de aquí. Usted tenía que matar entonces a Kathe, la esposa de Ronald, eliminando así a todos los herederos antes del gran golpe de teatro final, que era el de esta noche. Pero se vio obligado a una pequeña variación en sus planes, porque previamente tuvo que matar al criado Oswald. Él le había visto, había mirado el retrato de Loretta, había sido testigo por casualidad de que usted destruía aquel cuadro

y había relacionado unas cosas con otras. Una sola indiscreción de aquel hombre podía hundirlo todo, y usted lo mató. Mientras tanto me había querido convencer de una serie de cosas que eran falsas del todo, pero que podían relacionar a Jane con Patrick, el muerto. Era falso lo del golf, lo del tenis, lo del boxeo y sobre todo era falso que a esa pobre chica la hubiera sorprendido con otra del mismo sexo. Una serie de patrañas que, sin embargo, tenían que «fabricar» en mi mente una imagen completamente diabólica, y que realmente estuvieron a punto de producirla. Pero el último golpe era éste. El último golpe consistía en que todos viéramos a Jane «matar», con lo cual no cabría duda de que ella aparecería como responsable clarísima de los otros crímenes. Usted me dijo que la convencería por la tarde para llevársela de aquí por la noche, pero lo que hizo realmente fue hablarle de que tenía que vengarse de Ronald Kachemir. Le dijo que oía un ser monstruoso que había asesinado a sus propios hijos, y que si no lo eliminaban seguiría asesinando. Alucinada por lo que había sido su vida, alucinada por todo lo que acababa de oír, esta pobre muchacha que había sido preparada durante veinte años para este instante supremo, no le desengañó. Vino con el hacha aquí como una sonámbula. Y usted mismo tenía previsto descubrirla después del crimen, con el pretexto de que se había encontrado con la macabra escena al venir a buscarla para llevársela. De ese modo moría también Kachemir, Jane era condenada y usted, como pariente más cercano, podía reclamar la fabulosa herencia. Un crimen de larga preparación, pero sin ningún riesgo. Era como si por usted matase un robot.

Madison retrocedió otro paso más. Ahora sus dientes chirriaban. Con la mandíbula casi colgante, con los ojos fuera de las órbitas, balbució:

—¡No tiene ninguna prueba! ¡Todo eso es absurdo! ¡No tiene pruebas!…

—Precisamente lo diabólico de su plan está en eso —siguió diciendo tranquilamente Dan—: en no dejar pruebas. Pero tengo algunas, a pesar de todo: en primer lugar viejas fotografías de su madre que aún se conservan en los archivos de prensa de la ciudad, y que muestran el asombroso parecido; en segundo lugar el registro civil, que acreditará que usted era su hijo; en tercer lugar las declaraciones de Jane sobre la educación que recibió: en cuarto

lugar, cuando usted mató a Lorna hubo un testigo.

—¿Un testigo? —preguntó Madison con voz espesa, sin darse cuenta de que con aquello se acusaba—. ¿Un testigo? Es lo más absurdo que he oído… ¡No puede ser! ¡No había nadie!

—Sí —dijo Dan con toda calma—. Había un gato que se manchó las patas de sangre.

Y lo sacó de detrás de una cortina donde lo había tenido sujeto a un delgado cordón, mostrándolo de cerca a todos. El felino estaba incómodo, pero no maulló. Sin embargo, al tener cerca la cara de Madison, lanzó un chillido terrible y se encabritó en el aire.

—Eso no sirve como prueba —dijo el sargento—, pero lo demás sí. E incluso, al menos para nosotros, lo del gato no deja de ser una prueba más. Creo que debemos detenerle, teniente. Basta con que dé usted la orden.

Dan dijo simplemente:

—Pues claro… ¿Para qué piensa que estoy aquí?

El sargento se dirigió hacia Madison, pero éste lanzó un auténtico rugido de fiera acorralada. Su cuerpo se contorsionó. De un puñetazo derribó al sargento, mientras éste iba a sacar su arma. Luego, con un fantástico salto, desapareció por aquella ventana, la que tenía más cerca. Aquél podía ser el camino de su libertad, ya que le era casi imposible matarse: se trataba de un solo piso.

Dan no se movió.

Sus facciones parecían talladas en piedra.

Eran hieráticas.

Firmes.

Indiferentes a todo.

Cuando se oyó aquel aullido de muerte, ni siquiera se fruncieron sus labios.

—Lástima —dijo hipócritamente—, no me acordaba. Debajo de esa ventana he hecho quitar la barandilla que separa la casa de los acantilados. Un descuido lo tiene cualquiera.

Y tomando a la muchacha por una mano balbució:

—Vamos, Jane. No tendrás que volver nunca más a aquel centro psiquiátrico, no verás jamás ante ti la otra cara del infierno. A partir de ahora sabrás que eres una mujer y sólo una mujer.

Y sé la llevó.

El sargento dijo con envidia:

—Tendrá que hablar con Ronald Kachemir y solucionar todavía muchas cosas, pero de momento… ¡menudo lote se va a dar el tío! ¡Qué suerte!

Por otra de las ventanas vio que se metían en uno de los coches. Gruñó:

—¡Y ése es de asientos abatibles! ¡El colmo!

Al tío se le hacía la boca agua. Hasta se olvidó de los muertos.

Pero al cabo de unos instantes sonó el teléfono. El propio sargento acudió para oír la voz inquieta de la muchacha.

—Oiga —dijo ella—, no sé qué hacer.

—¿Cómo que no sabe qué hacer? ¿Qué pasa?

—Estoy con él en el coche.

—Ya lo he visto. ¿Y qué?

—Uno que tiene los asientos abatibles.

—Encima eso. ¿Y qué? ¡Siga, siga!

—Él ha usado esos asientos…

—Lo imaginaba —dijo el sargento con voz cascada de tanta envidia—. Es la monda. Pero siga… ¡SIGA! ¿Qué pasa ahora?

—Pues nada… —terminó la voz desorientada de la muchacha—. Que no sé qué hacer… ¡QUE SE HA QUEDADO DORMIDO!…

FIN